



**Certamen Literario y Artístico  
de 1953**

EN HONOR DE

**Ntra. Sra. de S. Lorenzo  
Patrona de Valladolid**

PRIMERA PARTE

LÉRIDA  
Gráficos Academia Mariana  
1954

G-F 13962



DGCL  
A



CERTAMEN  
LITERARIO Y ARTISTICO  
DE 1953

EN HONOR DE

Nuestra Señora de San Lorenzo  
Patrona de Valladolid

PRIMERA PARTE

LÉRIDA  
GRÁFICOS ACADEMIA MARIANA  
1954

+ 112042  
C.



NIHIL OBSTAT

EMMANUEL PERE, Can. Poenit.

*Censor.*

CERTAMEN  
LITERARIO Y ARTISTICO

DE 1953

EN HONOR DE

Nuestra Señora de San Lorenzo

Patrona de Valdehella

Ilerdae, 12 Decembris 1953

† AURELIUS, EPISCOPUS ILERDENSIS.

PRIMERA PARTE

LENGUA

COLEGIO ACADEMIA MARIANA

1954

R. 108768

## ACTA DEL CERTAMEN

En la ciudad de Lérida, a 4 de Octubre de 1953 y hora de las doce y media, en el Teatro Principal, en cuyo escenario ricamente ataviado se destacaba una imagen de la Virgen de la Academia, rodeada de su corte de honor, formada por distinguidas señoritas ataviadas de blanco; ocupando la presidencia a la derecha de la imagen el Excelentísimo y Rvdmo. Sr. Dr. D. Aurelio del Pino Gómez, obispo de Lérida, acompañado del Excmo. Sr. Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento D. José Pagés Costart, Ilmo. Sr. Presidente de la Audiencia D. Martín Rodríguez Suarez, Ilmo. Sr. Delegado de Hacienda D. Joaquín Casanovas Ogué, Ilmo. Sr. Alcalde de la ciudad D. Blas Mola Pintó, Fiscal de la Audiencia D. Julio de la Cueva, Subjefe Provincial del Movimiento camarada Marcos Peña Royo y representaciones del Excmo. Sr. Gobernador Militar, del Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación y del Ilmo. Sr. Fiscal de Tasas; sentándose a la izquierda de la imagen los miembros de los Jurados y la representación de la ciudad de Valladolid, presidida por el Párroco de San Lorenzo de aquella capital Rdo. D. David Sánchez del Caño y ocupando lugares presferentes los Vocales de la Junta Directiva, Sras. Camareras de la Virgen Blanca, representaciones del Excmo. Cabildo Catedral, Seminario Diocesano, Instituto de Enseñanza Media, Clero Parroquial y Beneficial, Ordenes Religiosas, Centros, Asociaciones y Prensa; y lleno el amplio local de nutrida y selecta concurrencia, comenzó el acto con el canto del «Ave maris stella» por la Schola Cantorum del Seminario y el rezo de breve oración por el Excmo. Prelado.

Abierto el acto por el Director con la presentación del Mantenedor, Rdo. P. Fr. Tomás Domínguez, Comendador de la Merced en Lérida, leyó éste su discurso inaugural, que se publica con el número 3. Terminada la lectura, una niña vallisoletana hizo ofrenda a la Virgen de la Academia de un precioso ramo de flores, en nombre de la ciudad de Valladolid.

A continuación el Secretario D. Manuel Portugués leyó las Memorias de los Jurados y Monseñor Borrás procedió a la apertura de plicas y proclamación de autores premiados, que resultaron ser los siguientes:

#### SECCIÓN DE POESÍA

**Premio 1.º**—De la Academia.—*Flor natural*.

Premio: —D. Manuel Mena Sanz, Jaén, 11, 1.º D. Madrid.

Accésit: 1.º—D. José María Feraud García, Operario Dioclesano. — French, 2180, Montevideo (Uruguay).

Accésit: 2.º—D. Vicente Montuno Morente.—Lista, 22, 1.º-dcha. Madrid.

**Premio 2.º**—Del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Aurelio del Pino Gómez, Obispo de Lérida.

Premio: —Rdo. P. Máximo González, C. M. F.—Plaza de España, Vigo.

Accésit: —D. Mariano Páez Casado. del Cuerpo General de Policía. - Velarde, 4, pral., Segovia.

**Premio 3.º**—Del Excmo. Sr. Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento en Lérida, don José Pagés Costart. *No se adjudica*.

**Premio 4.º**—Del Excmo. Sr. Capitán General de la 7.ª Región.

Premio: —D. Gonzalo de la Barca y del Hoyo.—Pizarro, 3, 1.º Vigo.

**Premio 5.º**—Del Excmo. Ayuntamiento de Lérida.

Premio: —D. Valentín Galindo Perella.—Santa Bárbara, 4, Monzón, Río Cinca.

Accésit: —Rdo. P. Máximo González, C. M. F.—Vigo.

- Premio 6.º**—Póstumo del M. Ilre. Sr. Dr. D. José A Brugat, Director que fué de la Academia.  
 Premio: —D. Valentín Galindo Perella.
- Premio 7.º**—De la Dirección de la Academia.  
 Premio: —D. Vicente Puig Bosch, Pbro.  
 Accésit: 1.º—D. José María Feraud García, Operario Diocesano.—Montevideo (R. O. del Uruguay).  
 » 2.º—D. Miguel Benítez de Castro, Académico de la Real de Declamación, Música y Buenas Letras de Málaga.—Coronil (Sevilla).
- Premio 8.º**—De un Sacerdote esclavo de María.  
 Premio: —Fr. Ceferino Solís Fernández, Agustino. Filipinos, 7. Valladolid.  
 Accésit: 1.º—D. Manuel Basas Fernández.—Renedo, 25. Valladolid.  
 » 2.º—D. Agustín Fuentes Alonso, Locutor de Radio Nacional de España.—Reina Germana, 3, 9.ª. Valencia.
- Premio 9.º**—De la Delegación Nacional de Auxilio Social  
 Premio: —D. Mariano Páez Casado, del Cuerpo General de Policía.—Velarde, 4, pral., Segovia.

## SECCIÓN DE PROSA

- Premio 1.º**—Póstumo del difunto Excmo. y Rvdmo. señor Dr. D. Antonio García García, Arzobispo de Valladolid. *No se adjudica.*  
 Mención honorífica:—D. José López Sellés.—Calle Moncada, 26, Játiva.—(Valencia).
- Premio 2.º**—Del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Daniel Llorente y Federico, Obispo de Segovia.  
 Premio: —D. Isidoro Gallego González, Independencia, 4, Valladolid.  
 Mención honorífica.—D.ª María Angeles Abizanda Puntas. P. España, 32. principal. Lérida.  
 Mención honorífica.—D. Nicolás Sánchez Prieto.—Seminario Mayor. Toledo.  
 » » —D. Sebastián Nieto Medrano.—Duque de Lerma, 7. Valladolid.

- Premio 3.º**—De la Real y Venerable Cofradía de Ntra. Sra. de San Lorenzo.
- Premio: —D. David Sánchez del Caño, Párroco de San Lorenzo y Profesor del Seminario.—San Lorenzo, 16, Valladolid.
- Premio 4.º**—Del Rdo. Sr. D. David Sánchez del Caño, Párroco de San Lorenzo.
- Premio: —D. José María Feraud García, Operario Diocesano.—Montevideo. (R. O. del Uruguay).
- Accésit. —D. David Sánchez del Caño.—Valladolid.
- Mención: —D. Agustín Fuentes Alonso, Locutor de Radio Nacional de España.—Reina Germana, 3, 9, Valencia.
- » —D. Valentín Galindo Perella.—Santa Bárbara, 4, Monzón, Río Cinca.
- » —D. Juan Carrasco Eloy.—Seminario. Moncada. (Valencia).
- Premio 5.º**—Del Rdo. Sr. D. José María Feraud García, O. D. residente en Montevideo.
- Premio: —D. Manuel Basas Fernández, Licenciado en Historia.—Renedo, 25, Valladolid.
- Premio 6.º**—De la Excma. Diputación Provincial de Lérida.—*Desierto*.
- Premio 7.º**—Del Instituto de Estudios Ilerdenses —*Desierto*.
- Premio 8.º**—De la Academia.
- Premio: D. Ignacio Aizpurua.—Larramendi, 25, entlo. San Sebastián.
- Mención: —Fr. Severino de Santa Teresa, Carmelita Descalzo.—Amorebieta. (Vizcaya).
- Premio 9.º**—Del Excmo. Ayuntamiento de Valladolid.
- Premio: —Fr. Félix Merino Aguado.—Colegio de PP. Agustinos.—Valladolid.

## SECCIÓN DE PINTURA

- Premio** —De S. E. el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos Don Francisco Franco Bahamonde.—*Desierto*.

## SECCIÓN DE FOTOGRAFÍA

- Premio** — De la Corte de Honor y devotos de la Virgen de San Lorenzo. — *No se adjudica.*
- Mención:** — Filadelfo González. — Montero Calvo, 12, Valladolid.

## SECCIÓN DE ESCULTURA

- Premio** — De las Camareras de la Santísima Virgen de San Lorenzo. — *No se adjudica.*

## SECCIÓN DE MÚSICA

- Premio** — De la Academia.
- D. Natividad Puig Busquets, Maestro de Capilla y Organista de la Concepción y Asunción de Nuestra Señora. — Sicilia, 330, 2.º 2.ª Barcelona.

D. Valentín Galindo Penella dió lectura a sus dos composiciones premiadas y fueron leídas otras de autores ausentes, siendo todas muy aplaudidas, así como las composiciones polifónicas ejecutadas en los intermedios por la Schola Cantorum.

Terminada la distribución de premios, el Director de la Academia declaró Socio Laureado de la misma al Sr. D Juan Moreno Jiménez, de Barcelona, por haber obtenido premio en cinco Certámenes y proclamó el doble tema del de 1954: *La Inmaculada Concepción de María* en el primer Centenario de su Definición dogmática y *Ntra. Sra. del Tura*, Patrona de Olot (Gerona) y pidiendo al Excmo. Sr. Obispo, en nombre de todos los asistentes, que dignara cerrar el acto con su bendición pastoral, precedida, si fuere de su agrado, de unas palabras de su paternal elocuencia.

Accediendo a ello el Rvdmo. Prelado pronunció el discurso que publicamos con el número 2 y, acallados los aplausos con que fué acogido, dió su bendición a la concurrencia.

Quemadas las plicas que contenían los nombres de los autores no mencionados, se levantó la sesión.

Lérida, 4 de Octubre de 1953.

V.º B.º

El Director,

*Luis Borrás Pbro.*

El Secretario general,

*Manuel Portugués.*

## DISCURSO DE CLAUSURA

DEL

EXCMO. Y RVDMO. SR. DR. D. AURELIO DEL PINO  
GÓMEZ, OBISPO DE LÉRIDA

Ningún leridano de pura cepa y consciente de los prestigios auténticos de la población puede desconocer la señalada importancia de estos certámenes por los cuales Lérida es conocida y admirada en muchos confines de Europa y en los ámbitos de América y de otras partes del Orbe. Muchas veces ha surgido la emoción en mi espíritu pastoral al ver las irradiaciones que alcanzan estos torneos merced a los cuales se oye pronunciar, no sin gratísima sorpresa, el nombre de Lérida con una veneración impresionante en lugares remotísimos en donde no se tienen más noticias de la ciudad ilerdense que las transmitidas por las expansiones de la Academia Mariana.

Aunque esta importante virtualidad no es ignorada en los medios donde se captan los más leves hábitos de la vida de la ciudad, es necesario insistir vigorosamente en ella a fin de que cale en lo más profundo del alma leridana para que provoque fuertes reacciones de espiritualidad mariana, para que encienda los pechos de todos los leridanos en el amor a la Virgen Blanca, nuestra dulcísima madre y abogada, bajo cuyo poderoso patrocinio Lérida ha de realizar cumplidamente los nobles ensueños de grandeza sobrenatural y humana que acarician sus hijos.

Aún el más pesimista y descontentadizo ha de apreciar

los magnos esfuerzos que Lérida ha efectuado para plasmar en realidades esplendorosas los levantados ideales que presidieron a la fundación de la Academia Mariana. Pero en algunos aspectos los entusiasmos y las actividades se habían amortiguado, quizás en virtud de una conocida ley psicológica, según la cual la repetición de actos tiende a engendrar la rutina adormeciendo la sensibilidad, que necesita, para mantenerse tensa, de fuertes vivencias que lleguen al fondo del espíritu por la reflexión y por el colorido y fuego de la fantasía.

Concretándonos a los certámenes, algún año, singularmente el pasado, habían languidecido en términos desconsoladores con la consiguiente preocupación y amargura de los buenos leridianos amantes de sus legítimas glorias, los cuales adoptaron la resolución de trabajar energicamente para restituirles a su nivel y sobrepasarle visiblemente.

Hay motivos múltiples y poderosos para que nos estimulemos en ese empeño cuya realización plena ha de redundar en el mayor prestigio de nuestra población y será contundente argumento de nuestra fe y de nuestro fervor mariano.

Hemos de considerar cuánto nos obliga a aumentar sin tasa el esplendor de los actos celebrados a honra de Nuestra Señora de la Academia el hecho trascendental de que el Augusto Pontífice Romano se dignara, accediendo a nuestra petición, asignárnosla como Patrona Principal juntamente con San Anastasio. Las provechosas consecuencias que derivan de esa providencia pontificia en todas las órbitas de la vida religiosa y aún material de Lérida están sobre todo encarecimiento. Nuestros destinos se desenvuelven bajo los amorosos auspicios de la Virgen Blanca, mediadora de todas las gracias, que ha de sentirse obligada a mirarnos con especial predilección, a dispensarnos los favores celestiales con profusión singularísima.

Nuestro Excmo. Ayuntamiento, hondamente penetrado de esta consoladora verdad, ha dado espléndidos testimonios de su fe organizando alrededor de la Virgen de la Academia una segunda fiesta mayor y no omitiendo medio

para que las solemnidades religiosas, que son las que constituyen el principal núcleo de esos festejos, alcancen cada año un relieve más acentuado y para que los actos profanos, sin perder un ápice de su atractivo, se mantengan en un ambiente de decoro y de honradez que son el más preciado timbre de la vida humana, el más alto ornamento de la España auténtica y la más noble ambición de Franco y de su Gobierno. Yo me complazco en expresar a nuestros Paheres en esta oportuna ocasión mi gratitud profunda y la de los católicos leridanos esperando les sirva de estímulo y de consuelo para proseguir en esta obra que tanto ha de contribuir al engrandecimiento de la población.

Estos certámenes tienen el encanto imponderable de descubrirnos los interesantes orígenes y el admirable desenvolvimiento de la devoción a la Santísima Virgen en cada una de sus advocaciones populares ahondando en las tradiciones y leyendas marianas de nuestra Patria llenas de ingenua sencillez, de gracia y atractivo.

La piedad acrisolada del pueblo español ha enlazado bellamente la historia de la mayor parte de estas imágenes con los episodios de nuestra sublime epopeya religiosa en la edad media, proyectando sobre ellas los indecibles embelesos de la fantasía y del sentimiento esmaltados con las galas sobrenaturales de la fe. Ved en la leyenda de la Virgen de San Lorenzo a un sacerdote afanoso por librar al sagrado icono de una terrible profanación cargando con él en su huida de los invasores para trasladarle a tierras más a cubierto de la persecución, y, ante el temor de que también en ellas el sacrilegio pudiera perpetrarse, esconde la imagen en una cueva de la margen izquierda del Pisuega donde permanece ignorada hasta la reconquista de Valladolid a partir de la cual se inicia la devoción en la que se registran tres fases bien diferenciadas: la veneración en la cueva donde es descubierta por un sencillo pastor, su entronización en una de las puertas de la ciudad bajo la advocación de Nuestra Señora de los Aguadores, y su culto en la ermita de San Lorenzo, en la que el fervor mariano alcanza su culminación apoteósica con el cambio de la primitiva advocación por la que actualmente lleva,

con la construcción de la Iglesia parroquial y con la institución de la célebre cofradía en cuyas huestes figuran todas las clases vallisolitanas.

En estos episodios se adivina la grandeza del drama de esta imagen muy similar al de tantas otras que se veneran en España y su profunda compenetración con la historia nacional.

El episodio del sacerdote que sale de Consuegra cargado con la imagen de la Virgen, si bien se mira, excede en sublimidad al de Eneas huyendo de Troya con su padre a costas y a tantos otros que se cantan y celebran en las epopeyas, leyendas y mitologías de los tiempos heroicos de la antigüedad.

En este edificante episodio se columbra la índole acendrada y recia de nuestra devoción a la Santísima Virgen que desde los primeros tiempos fué sostén firme e impulso vigoroso de la fe del pueblo español. Esa devoción no languidece a raíz de la rota del Guadalete, como podría alguno creer, sino que se reconcentra en el pecho de los cristianos y ella es la que ilumina la inteligencia de nuestros escritores, la que da fuerza a nuestros mártires, la que mantiene a nuestros fieles en medio de las vejaciones y sacrificios inherentes a la dominación de los invasores, saliendo de ese repliegue forzoso después de la reconquista de Granada a raíz de la cual alcanza los más impresionantes esplendores, como fácilmente se comprueba en las obras de nuestros teólogos, de nuestros poetas y de nuestros artistas en su amplia gama.

Dentro del fondo común y ambiente general de aquella imaginaria cada imagen ostenta algún rasgo peculiar. La de Nuestra Señora de San Lorenzo se nos presenta con un ramo de rosas en la mano cuyo bello y claro simbolismo envuelve a la Virgen en un halo de encanto y de atracción. Ese ramo de rosas es, en la mente del artista que la forjara y en el sentimiento del pueblo que la venera, la expresión plástica de la bondad y ternura de la Madre de Dios y Madre Nuestra que deshoja los pétalos de su misericordia, de su generosidad y de su amor sobre los hombres a los que conduce con suavidad y eficacia hacia las regio-

nes de una fraternidad inefable. Esa es la inapreciable labor de la Virgen Santísima: apagar los odios, borrar con sus ternezas singulares y sus amorosos efluvios las enconadas diferencias que dividen a los hombres y los llevan al borde de la catástrofe. El único camino de la paz, que tan afanosamente busca la alta diplomacia, sin encontrarla, es la devoción sincera y consecuente a la Santísima Virgen, que, como Madre del Príncipe de la Paz, ordena las tendencias del corazón humano y le hace gustar los indecibles anticipos de la felicidad del Cielo, los únicos que le sacian y le dilatan en efusiones de caridad y de armonía.

Lo estáis viendo. De estos certámenes salen todos los cursos los pueblos unidos con vínculos más fuertes en torno a la Virgen de la Academia y de la Virgen en cuyo honor se organiza el torneo. En este año es una egregia ciudad castellana, archivo de nobleza, de caballería y de fe la que se acerca a Lérida, que tanto entiende de fusiones fraternales, tan comprensiva y generosa, pilar firme de la unidad de España por la cual tantas veces se ha sacrificado heroicamente.

Cuando vayais a Valladolid decid que los leridanos han aplaudido, han venerado fervientemente a vuestra santa patrona la Virgen de San Lorenzo y que en correspondencia a ese artístico ramo de flores que habéis ofrecido a nuestra Virgen de la Academia le ofrendamos la guirnalda espiritual de nuestros corazones. Decid que los leridanos admiran vuestras virtudes raciales, que son hermanos vuestros, que trabajan llenos de entusiasmo, sin menoscabo del amor filial a Cataluña, por el engrandecimiento de España, de esta España, que cuanto más se la considera, más excelsa aparece, de esta España que, como se ha dicho recientemente, es el símbolo de la fe, de la religiosidad, del decoro y de la dignidad humana.

Mi felicitación al elocuente mantenedor que nos ha tenido embelesados con su bellissimo trabajo, mi felicitación a cuantos han tomado parte en el certamen, singularmente a los premiados, cuyas composiciones hemos saboreado,

en parte, con el puro deleite estético y con los serenos transportes que siempre producen los centelleos del arte.

Mi sincera acción de gracias a las Excmas. Autoridades y al Excmo. Ayuntamiento que una vez más han dado testimonio de su religiosidad acendrada realzando este acto con su presencia.

## DISCURSO DEL MANTENEDOR

R. P. FR. TOMÁS DOMINGUEZ

MERCEDARIO

De María nunquam satis. De María nunca  
hablaremos lo bastante, ni podremos decir  
nada que iguale a su grandeza.

Excmo. Señor:

Excmas. Autoridades:

Señoras y señores:

Yo me figuro estar viendo a la pudorosa virgen nazare-  
tana, extática y arrobada frente a su anciana prima, dando  
salida por sus purísimos labios a las hondísimas emocio-  
nes que las palabras de Isabel han llevado a su candidísimo  
corazón.

Magnificat, contestará María. Mi alma engrandece al  
Señor, porque ha hecho en mi grandes cosas.

Bendita, sí, tú eres, queridísima prima mía, entre todas  
las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.

Mas ¡oh! qué dicha la mía; que la Madre de mi Señor  
se llegue hasta mi casa. Eres, María, bienaventurada; por-  
que en tí se cumplirá lo que se te ha dicho de parte del  
Señor.

Y María seguirá diciendo: Mi espíritu se regocija en  
Dios mi salvador. El, Isabel, miró la bajeza de su esclava  
y por eso me aclamarán bienaventurada todas las gene-  
raciones.

¡Oh!, Señores, ¡qué diálogo más sublime! Nunca hasta

entonces se habían tratado por labios femeninos cosas tan divinas en medios tan humanos.

Pero yo os pido ahora a vosotros que, en alas de vuestra memoria, vengáis conmigo, y dando hacia atrás un salto gigantesco en el correr veloz de los siglos, os situéis nada menos que allá en los albores de la humanidad.

Para ello acudamos a las sagradas letras que en ellas encontraremos la luz que ilumine con claridades meridianas este femenino encuentro y este diálogo divino.

Escuchad. Caía la tarde con sus luces de grana y rosicler en la feliz mansión paradisiaca, cuando el Señor solía descender para platicar, con cordial y estrecha familiaridad, con aquellas dos criaturas que salieran de sus manos creadoras.

Mas un día aciago, que vistió de luto al cielo y de tinieblas a la tierra, se rompió este dialogar del Creador con su criatura.

¿Por qué habéis desobedecido mis mandatos?, dijo airado el Señor a nuestros primeros padres.

Quiero, pues, que por ello sintáis el rigor de mi justicia... mas, sois criaturas hechura de mis manos, con ella no excluyo el poder amoroso de mi misericordia.

Sin embargo, a la serpiente, que es el demonio, no la perdonó. Llegaría un día en que su soberbia sería aplastada por el delicado pie de una purísima doncella.

¿Y no será esta, podríamos preguntarnos, la que tan entusiásticamente ensalza la esposa del sacerdote Zacarías?

Pero, ¿qué cosas en ella se han realizado, según dice la anciana Isabel? Estaba María en Nazaret, sola en su humilde casita, cuando un embajador celeste le habla de esta manera: «Dios te salve, llena de gracia. He aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo y le darás el nombre de Jesús. Este será grande y será llamado el hijo del Altísimo».

Y así comienza la redención de la humanidad prevariadora, depositando la augusta Trinidad, en el fiat de una sancillísima doncella nada menos que los planes de sus designios amorosos para salvar y redimir al mundo.

¡Oh! La Redención es amor, y el amor, es poesía.

Y mirad, pues, como este primer capítulo de amor se abre con el encanto dulcísimo de esta niña.

Una bella niña  
que es azul y blanca  
de nieve y de cielo  
con visos de grana,  
toda pudibunda,  
toda inmaculada.

Y se cierra con la escena sobrecogedora de aquella mujer fuerte junto a la cruz, donde se consuma sangrientamente esta redención.

¡Redención! ¡Amor! ¡poesía!

Dejadme, pues, entrar por los dominios divinos de ese amor y por los vergeles encantadores y santos de esa poesía.

Que la Fe me lleve de la mano para que no me pierda por sus deslumbrantes sendas y para que mejor pueda percibir mi corazón los aromas divinales de esos jardines.

El amor de la Redención parece, digo, como que levantó a la poesía el pórtico magnífico por donde habían de pasar todos sus misterios. Y el primero en atravesar sus arcos triunfales es el de una doncellita para quién han de reservarse todos los carismas de la beatísima Trinidad.

Porque pura y siempre pura  
con pureza de crisol  
ha de ser la siempre Virgen  
y Santa Madre de Dios.

¡Oh! El río universal de la culpa de origen que arrastra en sus negras ondas a todas las almas, manchándolas al zambullirlas entre sus aguas lodosas, víose un día correr entre ellas una purísima, inmaculada, sin que ese lodo terrible que todo lo contamina, pudiera ni siquiera acercarse a ella para mancharla con su pestilente cieno.

Y así Ella fué pura, inmaculada, reflejo clarísimo del Supremo Hacedor, puesta en la tierra como ideal supremo de todo lo más grande, de todo lo más caro, de todo lo más bello, de todo lo más santo.

María es huerto y es fuente  
 y estrella y aurora y día  
 y primavera perenne,  
 que convierte las espinas  
 de nuestras culpas en flores  
 de virtudes hermosísimas.

Pues así tenía que ser necesariamente la Madre del Redentor. Por eso el celeste embajador tiene para Ella unas palabras inéditas desde el principio de los siglos: ¡Ave! gratia plena, Dóminus tecum.

Allí donde está el Señor con su gracia, sus carismas y su amor, reinando en el alma con plenitud suma, allí, porque El es la belleza increada, ha de estar necesariamente también la poesía.

Y si poesía es su aparición redentora sobre la tierra, poesía es también la humildísima y encantadora casita de Nazaret, donde recibe el anuncio de que el cielo la ha escogido, entre todas las mujeres, para ser la Madre del Redentor.

Porque es la Virgen María  
 la rosa de Jericó  
 y la Flor que de ella nace  
 no es sino el Hijo de Dios.

Mirad sino como las artes bellas, de mano de la poesía, fiel y amiga confidente del artista, han plasmado este paso en los balbuceos del arte cristiano, en las exquisiteces del gótico y en las fastuosidades del Renacimiento, llegando hasta nuestros días con igual signo poético que en aquellos otros de candor e ingenuidad artística.

Señores, nada más sublimemente bello, que este pasaje que nos refiere el Evangelista San Lucas.

El Redentor pone ya en los inicios de su amorosa obra redentora el bellissimo poema de la Anunciación, cuyas estrofas sublimes comienzan entre el diálogo angélico y la pureza inmaculada, el candor inocentísimo y la sencillez encantadora de una humildísima doncellita nazaretana.

Mas no es esto solo. Esta doncellita, constituida Madre del Redentor, ceñirá sobre sus sienes una triple corona,

para que su feminidad esté, como lo está, por su pureza inmaculada, sobre todas las mujeres: Virgen, esposa y madre.

El Arcángel, mensajero	Virginidad y humildad
de Dios, saluda a una Virgen	en una doncella dicen
por humilde desposada	tanta belleza mezcladas,
con un artesano humilde	que ya mayor no es posible.

Pero aún en María hay algo  
 más bello de que te admires,  
 que es fecundidad unida  
 con Virginidad. ¿Concibes  
 que una mujer sea madre  
 y aún tiempo que madre, virgen?

Pues como madre tendrá un día a su chiquitín que llora y tiritita de frío en un pobrísimo establo, mientras en los cielos se prepara una embajada solemne que ha de anunciar a unos pobrísimos pastorcillos la nueva venturosa de esta madre que, sin perder un punto de su virginal entereza, dará al mundo el tan ansiado como prometido Redentor.

¡Oh! qué poesía más encantadora no encierra este humilde portalico de Belén, esta bellísima Madre nazarena, este Infantillo divino y sus primeros y rústicos adoradores.

Portalico divino,	En brazos de una doncella
¡Cuán bien parecen!	un Infante se adormía,
con el Niño chiquito, bonito	y en su lumbre parecía
que nos ofreces.	sol nacido de una estrella.

Un tan hermoso doncel	Pastores, os doy por nueva
hoy ha nacido en el suelo,	que tenemos en la villa
que la luna y el sol del cielo	la flor de la maravilla.
no lucen delante dél.	

Que por eso no ha habido ni poeta, ni pintor, ni literato, ni músico, ni artista, ni corazón enamorado, que ante este pobrísimo portalico, ante esta joven madre, con su pequeñín arropadito y tendido en ásperas pajas, no la haya dedicado un esro de su lira, un color de su paleta, un

período de su pluma, una nota de sus arpeggios, un golpe de su cincel o de su gubia y un suspiro apasionado y amoroso de su corazón.

Y no sigamos a la dulce madre de este pequeñín ni cuando se presenta en el templo. ¡Oh! de las palabras del anciano vidente que dejan para siempre en el corazón virginal de aquella Madre hieles y ajenjos amarguísimos para todos los días de su vida. Y la pérdida del infante Jesús y su encuentro en el templo son episodios todos con un inmenso caudal de amor y poesía.

Que así lo ha entendido el mundo cristiano y por ello nos ha dejado en todos los siglos glosas magníficas de estos amorosos misterios.

Mas ahora también, ¡qué encanto no encierra la santa casita de Nazaret! Allí está María la esposa admirable y fidelísima del artesano José, llenando por entero de gozo y alegría la vida preciosísima de aquellos dos seres con su abnegada dulzura, con su incansable laboriosidad, con sus manos hacendosas que visten de belleza, paz y dulzura todo lo que ellas tocan; con sus bellos y castísimos ojos que irradian pureza, candor e inocencia, y que son como dos espejos en donde se miran embelesados su infante Jesús y su santo esposo José.

¿Dónde una esposa más bella?

¿Dónde una Madre mejor?

Mas la poesía seguirá siempre, igual en el Hijo que en la Madre, los primeros planos de la Redención, sencillamente porque es amor, y María, Madre del Redentor, asociada por los planes divinos a esta obra misericordiosa, es Corredentora y por eso Ella comparte con su Hijo la corona y el cetro real de este amor y de esta poesía.

Contempladla ahora al pie de la Cruz. La madre fuerte, la madre admirable estaba allí intrépida y valerosa.

¡Oh poesía del dolor! Qué bien coronas a esta Madre con lauros de inmortalidad, proclamándola por todos los mortales, Reina y Emperatriz del humano dolor.

Decidme: ¿qué sería de la figura sin par de la Santa Madre de Dios sin esta corona del dolor la más esplendente

la más rica, la más preciosa que cifió a su frente su propio Hijo Cristo Jesús?

¡Qué maravillosamente han sabido plasmar los artistas cristianos en versos y en prosa, en cuadros, en piedras, en maderas y en notas, y el pueblo en bellas e ingénuas canciones, la sublime poesía de este paso de la Redención y de este magno dolor de la Sma. Virgen María!

La Dolorosísima nazarena, la afligidísima madre con el hijo sangrante y muerto en su regazo ha arrebatado el corazón, ha puesto en los ojos ríos de lágrimas y suspiros y gemidos sin cuento.

Que la poesía también llora y gime con el que ama, igual que con el que está embargado de gozo y alegría.

Pues así pueden tener explicación en el sentir y querer del pueblo cristiano, tan finamente sagaz y comprensivo, tan ágil y pronto en captar todo lo bello, todo lo hermoso, tan poeta, en una palabra, este colócar a la Señora en la cúspide suma de todas las bellezas, tanto espirituales como terrenas; de sublimarla, de elevarla, de engrandecerla, dándola un trono áureo de amor y devoción en cada inteligencia y en cada corazón.

Por eso cantará el poeta castellano ante María:

Corazón que ante tu planta  
no adore grandeza tanta  
¡muerto o podrido ha de estar!  
Garganta que no te canta,  
¡muda debiera quedar!

Mirad sino las múltiples y variadas advocaciones con que el pueblo cristiano la honra y la venera.

Y deteniéndonos particularmente en nuestra patria podemos decir, con orgullo muy legítimo, que nuestra geografía mariana no tiene igual con ningún pueblo de la tierra.

Reina de sin par belleza corona nuestras montañas, riscos y peñascales con títulos primorosos y encantadores. Y en el llano y la quebrada oye todos los días, al subir el sol a las alturas o al ocultarse tras los altos montes, los cantares marianos del labriego que en la besana, con el torvo arado, arranca a la tierra los ubérrimos frutos de sus senos

generosos, que después ofrendará a la Señora en rendido homenaje filial, por ser Ella la «Flor de las flores y el Amor de los amores».

En las ciudades populosas, igual que en las villas más insignificantes, preside amorosa la vida industriosa y ajetreteada de sus hijos, sin que se escape a su materno corazón pena que no endulce, dolor que no mitigue, gozo que no presida y amor que no santifique.

Y hasta alguna, a la Virgen de los Desamparados me refiero, mandada labrar por el Mercedario leridano, Padre Jofré, para su casa de locos de Valencia, compartía íntimamente en una de las habitaciones de la casa, la vida de familia, de modo que hasta a sus vestidos llegaba el olor y el humo del fogón casero, sin faltarle los gritos y llores de los chiquillos, a veces las discrepancias de los mayores y siempre el perfume amoroso de las plegarias y oraciones caseras.

Otras, como la Virgen de San Lorenzo, y ya he dicho el nombre de la Patrona de mi pueblo, servirá de vigía y centinela en una de las puertas de la ciudad.

La tradición popular, que es la crónica del pueblo, y también la Historia, tienen para esta imagen sus mimos poéticos y sus grandezas.

Consuegra, dicen, la venera desde tiempos remotísimos. Pero un día llegan hasta sus puertas, como un alud desbordado, los hijos de Mahoma, dejando su paso señalado con lágrimas, destrucciones, sangre, muerte.

Un piadoso sacerdote carga con la imagen no parando hasta la villa castellana de Valladolid.

Mas pronto se presentan allí los invasores y se ve obligado a ocultar la imagen para evitar su profanación.

Vuelta la villa castellana al poder de los cristianos, un sencillo pastorcillo, que conducía sus rebaños por la margen izquierda del río Pisuerga da con el precioso tesoro de una imagen de María.

Y aquí ya entra de lleno el pueblo que acude al lugar del hallazgo, rodeando a la imagen del calor de su fe, de su amor y de su devoción.

Sobre una de las ocho puertas de las murallas de la ciudad es colocado el hermoso simulacro de María.

Allí de vigía y centinela atraerá hacia sí las miradas y los corazones de los vallisoletanos.

¿Y qué tendrá de atractivo esta preciosa imagen de María, chiquita y graciosa, con su pequeñín, morenito también como ella, que no hay ninguno que entre y salga por esta puerta de la ciudad que no la dedique una plegaria y no la envíe con una mirada su corazón?

Mas hay un sector del pueblo que tiene para con la imagen sus cariños y devociones preferentes. El tragín de la puerta que ella corona es del todo inusitado. Por la misma entran y salen de continuo los que abastecen de agua a la ciudad. En pequeños jumentillos conducen su preciosa carga. No es ligera la tarea. Hay que descender hasta el río y después subir la empinada senda que lleva hasta las puertas de María. Y mientras el jumentillo asciende jadeante, el aguador mira a la Señora y a veces la canta:

Madre, si non nos vales de ti non nos partremos,  
Si tu non nos perdonas, daquende nos iremos,  
Si tu non nos acorres a nada nos tenemos  
Sin ti desta fiebre terminar non podremos.

Y no es solo el aguador, es también la mocita, que, con el cántaro a la cabeza, pasa garbosa la puerta de la Virgen, regalando a su madre y señora con un trino de su argentina voz; es igualmente el mozo y el gañán, el hidalgo, el menestral, el labriego y el mendigo, los que tienen para ella una vibración de su alma y un suspiro amoroso de su corazón.

Pero mirad como en esta mariana porfía saldrán victoriosos los sufridos y pacientes aguadores; por ser ellos los que más la invocan y los que más la adoran. Ellos la llamarán su Virgen, su Reina, su Madre.

Y dicen bien, porque toda la ciudad refrendará este querer, llamando a la imagen la Virgen de los aguadores.

¡Cuántas cuitas y quebrantos, cuántos dolores, cuántas lágrimas y cuántos amores no escucharía y vería pasar esta Madre bajo el arco de su querida puerta!

Cautivada ya la ciudad por tantas bondades y tantas gracias la roba a la devoción de aquellos piadosos trajineros y bajándola del arco de la puerta la da un sitio más honorífico, colocándola en una hermita próxima.

¿Qué nombre darla desde ahora? Ni los piadosos aguadores, ni la ciudad entera vencerán en esta piadosa porfía.

Llevará la imagen el nombre del pequeño templo dedicado al mártir español San Lorenzo. La Virgen de San Lorenzo será, pues, el nombre con que desde ahora será conocida.

Ya en su nuevo trono la ciudad toda la tendrá por su Reina, su Señora, su Madre. Ella amorosísima, corresponderá con larguezas maternas a sus hijos, y será primero D. Pedro Niño, merino mayor y regidor de Valladolid el que levante un nuevo templo a la Virgen por haber devuelto la vida a una hija suya.

Luego será la que reciba la merced de la salud recobrada una reina de la España imperial, Doña Margarita de Austria, esposa del piadoso Felipe III.

Seguirán a estos favores otros muchos, como aquel otorgado a siete obreros albañiles sobre los cuales se derrumba una casa y todos salen completamente ilesos al invocarla.

El espectro terrible de la peste huye de la ciudad; porque es ella la que la guarda, protege y defiende; y las aguas del río Esgueva que la atraviesan cesan en su labor de ruinas y muertes cuando ella es conducida ante las aguas enfurecidas.

El cielo se muestra piadoso y descarga su benéfica lluvia ante los campos agostados siempre que el pueblo todo la aclama y venera, la invoca y la saluda en su aflicción como única esperanza.

Y no sigo en la enumeración de tantas bondades maternas porque sería escribir la vida de todos y cada uno de los vallisoletanos; ya que nunca se oyó decir que ninguno que a ella ha acudido ha dejado de experimentar su protección.

Que por vida, dulzura y esperanza la han tenido todos

los pueblos que están abrazados a la cruz de su Hijo, Cristo Jesús.

Hablar de esta veneración, de este cariño, de este amor y de esta devoción en nuestra Patria, cosa gratísima sería el hacerlo; puesto que toda nuestra vida con Cristo no se puede escribir sin su Madre santísima, para quien ha tenido el pueblo español todo el amor grande de su hermosísimo corazón, toda la singular vivacidad de su agudísima inteligencia y todo el ímpetu y fervor acrisolado de su fe y de su devoción.

María ha sido para los españoles; *Negotium soeculorum*, ocupación y tema de todos los siglos. Pero Ella, la historia así lo confirma, su constante y primordial preocupación materna parece haberla tenido por nosotros.

El Pilar de Zaragoza, que es símbolo inabitable de nuestra fe en Ella y en su Hijo, y la descensión a Barcelona, que no es otra cosa que un suspiro misericordioso de su corazón, pasando por otras manifestaciones marianas, que sería prolijo enumerar, son las señales inequívocas de esta constante y cariñosísima preocupación.

Antes de dejar este estrado quiero rendir, desde lo íntimo de mi alma, un tributo de gratitud al celoso y amantísimo Pastor de la Diócesis Ilerdense, Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Aurelio del Pino Gómez, por haber acogido con todo cariño la designación de la Patrona de mi pueblo, la Santísima Virgen de San Lorenzo, para ser honrada y exaltada en este certamen mariano, y haber querido revistiera la mávima solemnidad. Yo, en nombre de todos los vallisoletanos rindo de todo corazón este tributo de gracias, pidiendo a mi queridísima Patrona larga vida y copiosos frutos apostólicos.

Quiero también testimoniar mi reconocimiento más cordial al dignísimo Director de la Academia Bibliográfico Mariana, Monseñor Luis Borrás, por haberme honrado con la misión gratísima para mí, de ser el embajador espiritual ante el llorado Prelado vallisoletano Excmo. y Rvmo. Sr. D. Antonio García y García, las autoridades de aquella ciudad y el celoso Sr. Cura Párroco de nuestra Patrona, Dr. D. David Sánchez del Caño, para que dieran

a la Academia su beneplácito, como así lo hicieron con todo cariño, para que la Patrona de la antigua Pineña fuera cantada en el certamen de este año de gracia de 1953. Gracias por la valiosa cooperación que en premios han ofrecido la Cofradía de la Virgen vallisoletana, sus camareras y otros devotos de la Señora.

Gracias también muy de corazón, por haberme designado para ser el juglar de estos empeños poéticos en honor de la Santísima Virgen. Es para mí un altísimo honor del todo inmerecido. Lo acepté contando solamente con el amor que tengo a mi madre del cielo; porque mi insuficiencia, mi pequeñez y mi nada me hacían indigno de ser el trovero inspirado en estas lides poéticas, de tan alta dama, de tan excelsa reina, de tan gran Señora.

¡Quién supiera escribir! ¡Quién tuviera la inteligencia angélica para poderse llegar hasta el trono de todas las gracias, de todas las virtudes!

¡Quién tuviera el corazón limpio, como el copo de la nieve de nuestras montañas, como un rayo del astro rey, para poderla cantar como Ella merece que se la cante.

De María numquam satis. Jamás podremos los mortales, amantes de la Santísima Virgen decir lo bastante en su loor y en su gloria.

Y termino recitando unos versos que fueron premiados, en los primeros certámenes de la Academia, el año 1879, en honor de la Virgen del Puig, imagen celeberrima que en tiempo de la conquista de Valencia fué adorada por vuestros mayores que allí se encontraron en aquel hallazgo prodigioso.

Versos que me recuerdan los años de mi infancia en Valladolid, en los cuales mis buenos y santos padres, a los que aquí rindo tributo de filiales gracias por haberme inculcado en mi corazón el amor a la Santísima Virgen y haberme llevado muchísimas veces ante sus plantas en su imagen de la Patrona de Valladolid, Nuestra Señora de San Lorenzo.

Pero antes permitid que este pobrísimo trovero envíe a mi dulce y santa Señora, desde la antigua Ilerda, tan procer como mariana, esta humilde plegaria:

¡Dios te salve. Madre de los vallisoletanos! Reina de nuestros hogares, Señora de nuestros corazones, Madre amorosa de nuestras almas. En ti depositamos la esperanza de nuestras vidas en la tierra, para que nos las lleves hasta tu divino Hijo Jesús. En ti fiamos nuestras almas para que nos las guíes hasta el cielo. Vuelve piadosa a nosotros esos tus ojos misericordiosos y no nos desampares, pues en ti confiamos, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Y el poeta, permitidme esta pequeña digresión que acabo de hacer, en obsequio a mi virgen vallisoletana, cantaba de esta manera en unos hermosos versos, que yo os digo dan la razón de haber aceptado este honrosísimo cometido:

Por tí, en el suelo que nacer me ha visto  
vencida fué del moro la arrogancia;  
por tí la fe de Cristo  
mi tierna madre me enseñó en la infancia.  
Por tí, me trajo mi piadoso padre  
a este tu templo, me contó tu historia,  
tu bondad, tus portentos,  
y «ámala, dijo, como dulce Madre»...  
Yo lo conservo aún en mi memoria,  
y hoy, Madre mía, con amor ardiente  
vengo a entonar un cántico a tu gloria  
sincera ofrenda de mi pobre mente.

He dicho.

Lérida, 4 de Octubre de 1953.



# MEMORIA

DEL

SECRETARIO GENERAL DE LA ACADEMIA

D. MANUEL PORTUGUÉS HERNANDO

Rvdmo. y Excelentísimo Sr.  
Excelentísimas e ilustrísimas autoridades.  
Señoras y señores.

En la ciudad de Lérida a veintidós de septiembre del año 1953 y 91 de la fundación de la Academia, reunidos en sesión última los jurados de las distintas Secciones de que consta el Certamen literario y artístico que en honor de Nuestra Señora de San Lorenzo, Patrona de Valladolid, se celebra, con el fin de juzgar los trabajos que a él han concurrido se emite el siguiente fallo:

## SECCION DE POESIA

PREMIO 1.º—De la Academia.—*Flor natural* y quinientas pesetas a una poesía de tema mariano libre, en castellano o catalán.

Se concede a la composición que lleva por lema «Omnipotencia súplicans» titulada «Nuestra Señora de la Eucaristía». Este hermoso poema lo divide su autor en tres partes. En la primera a manera de introducción justifica sobradamente la invocación a la Santísima Virgen como Reina de la Eucaristía. En la parte segunda, la más lograda y brillante y que titula Cantiga de la Custodia establece

con acierto un poético paralelismo entre la esplendorosa procesión de un Corpus y el caminar de Nuestra Señora hacia la casa de Isabel y Zacarías inclinándose el Orbe todo a su paso. Seguidamente describe a la Inmaculada como custodia viviente para terminar expresando un ferviente deseo de que en la Letanía Lauretana se invoque a María como Reina de la Eucaristía.

Se concede el Accésit 1.º al poema titulado «La maternidad divina» que se presenta bajo el lema «Ave María». Se trata de un inspirado canto en diez décimas de verso ágil y corte clásico, y una glosa, a la divina maternidad de la Virgen Inmaculada. Cabe destacarlo además de sus méritos literarios por el tervor y amor marianos de que hace gala su autor.

Igualmente se acuerda conceder un 2.º accésit a la composición que lleva por lema: «Texturae aurae sunt amictus eius». Estos inspirados versos que llevan por título «EL VESTIDO DE LA VIRGEN» describen con galanura como los Angeles recorren la creación para con las más preciosas flores y con urdimbre de rayos refulgentes tejer el vestido de Nuestra Señora. Lástima que a la composición le falte profundidad religiosa y quede en lo descriptivo.

PREMIO 2.º—Del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Aurelio del Pino Gómez, Obispo de Lérida.—Quinientas pesetas. Poesía cantando los singulares destellos del amor mariano que se descubren en la devoción a Nuestra Señora de San Lorenzo.

Se otorga a la composición presentada bajo el lema «Poema» y que el autor titula «ALMA DE VALLADOLID» Poema que canta la indiscutible unión que hay entre la bella y recia ciudad castellana y su devoción acendrada a la Virgen de San Llorente o S. Lorenzo, patrona de la ciudad, y que se justifica a través de armoniosos versos distribuidos en cinco cantos, un exordio y un epílogo narrándose en ellos diversos episodios de la larga y entrañable historia de la devoción de Valladolid a la Virgen como reina de reyes, guerreros, pontífices, enfermos etc. y finalmente de la Paz y del Imperio.

Se acuerda conceder un accésit al trabajo n.º 59 que lleva por lema «La Virgen de los aguadores». Se trata de un bello romance según los moldes clásicos que con el título «La Virgen de San Lorenzo y sus destellos de Amor» cuenta la Historia de la Virgen, que Valladolid venera como patrona, terminando con un canto de amor mariano como fuente de la justicia y de la caridad cristianas.

PREMIO 3.º—Del Excmo. Sr. Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento en Lérida, D. José Pagés Costart.—Quinientas pesetas. Oda a Nuestra Señora de San Lorenzo. Por no reunir méritos suficientes los trabajos presentados para este premio no se adjudica.

PREMIO 4.º—Del Excmo. Sr. Teniente General D. Esteban Infantes, Capitán General de la 7.ª Región. Tríptico de Cristo Crucificado. La Santísima Virgen defensora de Valladolid.

Se premia a la composición n.º 41 que se titula «Nuestra Señora de S. Lorenzo defensora de la Ciudad» y que se presenta bajo el lema «Coraza».

Con fidelidad al título, el autor, dentro de los moldes propios de la poesía narrativa y con gran inspiración poética, refiere episodios diversos de la historia de Valladolid que muestran los singulares favores de su celestial patrona al librarla de catástrofes y peligros que parecieron irremediables.

PREMIO 5.º—Del Excmo. Ayuntamiento de Lérida.—Quinientas pesetas. Poesía sobre el tema general: «Lérida ciudad mariana» o referente a alguna de las imágenes de María que haya sido o sea venerada en la ciudad o su termino».

Se concede al trabajo que lleva por lema: «Ilerda Vir-crix». Título: «A Nuestra Señora de la Academia». Preciosa composición a la Virgen Blanca en la que su autor hondamente enamorado de nuestra Patrona canta a la Virgen bajo esta leridanísima advocación, sobre todo como reina de la Poesía. Sus versos, hondamente sentidos, inspirados, correctos y llenos de bellas imágenes, hacen de

este trabajo uno de los más meritorios del presente certamen.

Se concede un accésit a la composición n.º 42 titulada «Canción de las campanas parroquiales». Lema «Sultana». Canción, como la titula el poeta, de las campanas parroquiales a la Santísima Virgen en las distintas advocaciones con que se venera en los templos respectivos, muchas de sus imágenes hoy desaparecidas. Canto de metros y rima variada, de moderado modernismo y acertado en imágenes y metáforas.

PREMIO 6.º Póstumo del M. Iltre. Sr. Dr. D. José A. Brugulat. Director que fué de la Academia.—Ciento cincuenta pesetas. Tríptico de sonetos marianos, siendo preferido, en igualdad de circunstancias, el que se refiera a la imagen concursada.

Se concede al Tríptico de sonetos que se presenta bajo el lema: «María Fons» Tres sonetos bien contruidos, que el autor, dentro de los cánones establecidos para esta clase de composiciones, dedica, con profundo sentido religioso, a la Virgen de S. Lorenzo, llamada antiguamente de «los aguadores» a quien místicamente acude sediento de perfección y santidad como fuente de Amor, de Dolores y de Paz.

PREMIO 7.º —De la Dirección de la Academia —Quinientas pesetas— Obra escénica en castellano o catalán, en prosa o en verso, que haga referencia a la Santísima Virgen.

Se otorga el premio al trabajo que lleva por lema «Mater». Drama en tres actos, en prosa, con versos que se intercalan en canciones o recitados. Apta más bien para representar en Colegios de varones o centros similares mejor que ante el gran público. Se titula «Huerfanitos» En los dos primeros actos se plantea una anécdota o conflicto humano. Se sitúa la acción en época feudal incurriendo, no obstante, en algún anacronismo. En el último acto interviene lo sobrenatural dando a la obra mayor profundidad religiosa o teológica, encontrando así su solución el conflicto planteado. Por la fluidez del diálogo, por lo acertado del movimiento escénico y por su espectacularidad,

que in crescendo culmina en la escena final, se cree merecedora esta obra del premio que se le concede.

Se acuerda conceder, por no estar exenta de mérito, un accésit a la composición n.º 30 Titulada «Entrañas de Caridad» cuyo lema es «Cámara avante». Se trata de una composición escénica catequística de un solo acto para ser representada por dos niñas o jovencitas.

PREMIO 8.º - De un sacerdote esclavo de María. Objeto de arte. Romance descriptivo del rosario de los Faroles de la Patrona de Valladolid.

Se premia el romance presentado bajo el lema «Covadonga». Si bien esta composición no se ajusta métricamente al romance propiamente dicho, está concebida como tal y a ello se atiene. Va el poeta con gran riqueza de metáforas describiendo distintos aspectos de tan tradicional como piadosa costumbre vallisoletana: repique de las campanas, desfile de los faroles del Ave María, de los Misterios, de la letanía... todo desfila líricamente a lo largo de estos versos que el profundo amor mariano del poeta inspira.

Menos calidades alcanzan las otras dos composiciones n.º 19 y 67 a las que se concede los accesits 1.º y 2.º. La primera lleva por lema «Maisa» y título «Rosario de los faroles» y la segunda «Angel del Alcázar» y de modo semejante se titula «Romance del rosario de los faroles».

PREMIO 9.º - De la Delegación Nacional de Auxilio Social. - Quinientas pesetas. Poesía cantando el patronato de la Virgen de San Lorenzo sobre Auxilio Social.

Se otorga el premio al número 60 que lleva el lema «y, cual neófito, vino ...» titulado «A la Virgen de S. Lorenzo, Patrona de Auxilio Social».

Sabe en esta composición, el poeta, descubrir y sentir la honda trascendencia social que el amor a María, madre Inmaculada de Jesús Obrero, encierra, y que sobradamente justifica este Patronazgo.

## SECCION DE PROSA

PREMIO 1.º - Póstumo del difunto Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Antonio García y García, Arzobispo de Valla-

dolid.—Quinientas pesetas. Devoción mariana de los Santos vallisoletanos y de los que en Valladolid vivieron.

Por no reunir méritos suficientes los trabajos que optan a este Premio se acuerda no adjudicarlo si bien se aprecia como merecedor de una mención honorífica al número 86. Lema: «Flor».

PREMIO 2.º—Del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Daniel Llorente y Federico, Obispo de Segovia.—Colección de sus obras publicadas en Casa Martín. Nuestra Señora de S. Lorenzo, Patrona de Auxilio Social.

Lo obtiene la composición n.º 53 cuyo lema es: «Qui suscéperit unum párvulum, etc». Narra con fervor religioso y entusiasmo patriótico los orígenes de los Hogares de Auxilio Social fundados en Valladolid por la viuda de Onésimo Redondo y puestos por ella bajo el Patronato de Nuestra Señora de S. Lorenzo, que se hizo extensivo en ámbito nacional a todas las obras de tan caritativa empresa. Seguidamente razona la oportunidad y acierto del Patronato, sintetizando en San Lorenzo y los pobres por él tan largamente socorridos la parte material de Auxilio Social, y en la Sma. Virgen su forma sustancial.

Se otorgan menciones honoríficas a las composiciones n.º 25 «El por qué de ser la Virgen de S. Lorenzo Patrona de Auxilio Social» n.º 71, lema; «Vieron que venía todo de la Gloriosa» y n.º 91, «Soy más amigo del viento».

PREMIO 3.º—De la Real y Venerable Cofradía de Nuestra Señora de San Lorenzo.—Mil pesetas. Historia documentada de la Virgen de San Lorenzo.

Se adjudica al trabajo n.º 56 que tiene por lema: «Tu honorificentia populi nostri» Propúsose el autor, tras de relacionar todos los trabajos históricos anteriormente publicados sobre Nuestra Señora de S. Lorenzo, componer, puesta al día, una historia manual que llenara los deseos de sus devotos. Lo ha conseguido plenamente en un trabajo bien documentado, escrito con fina y discreta crítica, bien ordenado y aderazado con sencillez y fluído estilo e impecable dicción.

PREMIO 4.º—Del Rdo Sr. D. David Sánchez del Caño,

Párroco de S. Lorenzo.—Mil pesetas. Iniciativas sobre lo que Valladolid pudiera hacer por el engrandecimiento del culto y devoción a su Patrona.

Se concede el premio al trabajo registrado con el n.º 21 Lema: «Pinciano». No solamente encaja dentro del tema dicho trabajo, sino que puede decirse que lo agota, por el gran número de sugerencias que contiene, por la metódica ordenación con que las expone, y por el sentido práctico que las informa, rezumando toda la obra un acendrado amor a la Señora.

Se premia con un accésit la composición n.º 55. Lema: «Todo por María». Aparte de otras iniciativas que propone, se distingue por el sentido práctico y detallista en lo que se refiere al engrandecimiento del templo en que es venerada la Patrona de Valladolid.

Se consideran merecedores de una mención honorífica los trabajos inscritos con los números:

68.—Lema: «Sic itur ad astra».

89.—Lema: «Meditación».

92.—Lema: «Victoria».

PREMIO 5.º—Del Rdo. Sr. D. José M.<sup>a</sup> Feraud García, O. D. residente en Montevideo. Mil pesetas. Reseña histórica del Patronato de Nuestra Señora de San Lorenzo

Se otorga este premio al n.º 47. Lema: «María Luisa». Reseña histórica con profusión de datos perfectamente comprobados y ordenados por siglos, desde el XVI al presente, que prueban hasta la saciedad el Patronato de Nuestra Señora de San Lorenzo.

PREMIO 6.º—De la Excma. Diputación Provincial de Lérida. Quinientas pesetas. Relación histórico-descriptiva de las imágenes de María que son o fueron veneradas en un partido judicial o comarca de la Provincia de Lérida.

Desierto.

PREMIO 7.º—Del Instituto de Estudios Ilerdenses. Quinientas pesetas. Los literatos leridanos y la Academia Mariana.

Desierto.

PREMIO 8.º—De la Academia. Quinientas pesetas. Tema mariano libre.

Se concede al n.º 72. Lema: «Fidalgo de Santa María». «La Virgen en nuestra historia, en nuestra literatura y en nuestro arte».

Demuestra el autor que la protección de nuestra Madre de los cielos a los españoles a todo lo largo de la historia, ha dotado de una tonalidad auténticamente mariana a toda la epopeya hispana. Lástima que el postrer capítulo cuyo tema es Santa María en nuestro arte esté tan excesivamente abreviado que la obra parezca incompleta.

Es digno de una mención honorífica el trabajo que lleva por lema. «Honorificentia populi nostri». Memoria prolija sobre Nuestra Señora de Andicono, en Bériz, (Vizcaya), su imagen, su santuario y su culto.

PREMIO 9.º--Del Excmo. Ayuntamiento de Valladolid. Quinientas pesetas. Reseña de las fiestas de la Coronación de la Virgen de San Lorenzo.

Se otorga al trabajo n.º 34. Lema: «Coronáberis» que cumple perfectamente con el tema transcribiendo lo publicado en la prensa y lo contenido en documentos del archivo de la Iglesia de San Lorenzo.

### SECCION DE PINTURA

Premio de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, D. Francisco Franco Bahamonde.

Jarrón de cristal con el guión del Caudillo. Obra pictórica referente a la Sma. Virgen.

Desierto.

### SECCION DE FOTOGRAFIA

Premio de la Corte de honor y devotos de la Virgen de San Lorenzo. Mil pesetas. A la mejor fotografía de la Santísima Virgen de San Lorenzo, con el cliché de la misma en colores.

No se adjudica, mereciendo, al juicio del jurado, una mención la fotografía que se presenta con el lema: «San Lorenzo».

## SECCION DE ESCULTURA

De las Camareras de la Virgen de San Lorenzo. Mil pesetas. A la mejor escultura de la Virgen de San Lorenzo, en madera y en tamaño de capilla de vista domiciliaria. No se adjudica.

## SECCION DE MUSICA

Premio de la Academia. Quinientas pesetas. Colección de seis Ave Marías, dos a una voz con su Gloria; dos a dos voces y Gloria y otras dos, con su Gloria a, tres voces.

Se concede el premio a la obra registrada con el n.º 22. Lema: «Candens flos Lillii». Responde fielmente al tema concursado, tanto por su composición, como por su extensión y por la aceptación que pueda merecer entre las Escolanías y Capillas. Su corte, su estilo, su sello, es por demás ingénuo, sencillo y expresivo; la inspiración y juego de voces hermanan y alternan con el buen sabor y depurado gusto; su moderada modernidad admite armonización, procedimientos y recursos que avalan el feliz desarrollo de este galardonado trabajo.



# Nuestra Señora de la Eucaristía

POR

D. MANUEL MENA SANZ

LEMA: Omnipotentia supplicans.

Yo he soñado una cantiga,  
algo alado, suave, leve,  
que te diga  
en verso de luz y nieve  
y de rubí,  
lo que pensé yo de tí.

Esta cantiga hilvané,  
para que  
sobre tu pureza en flor,  
una perla en tu corona  
te ponga, nueva, el amor,  
y se haga esplendor  
y aroma:  
que sobre la gentileza  
de tu impoluta limpieza,  
oh María,  
dulce, alado, suave, leve,  
se haga verso y armonía  
llamarte en la Letanía,  
junto a tu albura de nieve,  
REINA DE LA EUCARISTIA.

**CANTIGA DE LA CUSTODIA**

Hay en el aire un revuelo  
de pájaros y campanas.  
La mañana está radiante;  
el marco de la ventana  
encuadra el ópalo claro.  
de un cielo verde esmeralda,  
y la luz se cierne en polvo  
de oro sobre la montaña.

Por la vereda que sube,  
ondulosa y reposada,  
salvando abismos al paso  
o hundiéndose en las cañadas;  
por la veredita humilde,  
que lanza su cinta blanca  
entre olivos y algarrobos,  
tomillos y mejoranas,  
madreselvas y cantuesos  
hasta el portal de la casa  
de Isabel y Zacarías  
no ha llegado nunca nada  
distinto y nuevo, que cambie  
su quietud en algazara,  
nada que rompa su quieta  
placidez ensimismada.

Siempre tras ella las mismas  
lejanías esfumadas,  
siempre en el hondo barranco  
la misma canción de plata  
del manantial, recatado  
entre sauces y entre jaras.  
Ella entiende a las hormigas  
y a las tenaces chicharras;  
ella ha visto a los ranúnculos  
y a las amapolas grana  
y a los selváticos lirios  
y a las margaritas blancas

frescos en mil primaveras,  
morir en mil otoñadas.  
Los mismos trinos del mirlo  
en las mismas enramadas;  
igual balido mimoso  
el del hato en las quebradas;  
idéntico, el sapo ve de  
brincando de mata en mata.  
Todo como hace ya siglos:  
por la veredita blanca  
no ha llegado hasta la casa  
de Isabel, en la montaña,  
mas que, una vez, el anuncio  
de una nueva inesperada...,  
y hoy, un lejano revuelo  
de pájaros y campanas.

Isabel se asoma, otea,  
y en la lejanía clara  
ve llegar por la vereda,  
camino de su morada,  
cuesta arriba, cuesta arriba,  
una procesión en marcha.

Ha visto huir del camino,  
conforme se acerca y pasa  
la comitiva, cien sátiros,  
que abandonando sus flautas  
hundieron en los abismos  
sus caprinas malandanzas.  
Ha visto a dioses lascivos,  
y a impuras Venus paganas,  
y a Pan y a Narciso y Ceres,  
y al Olimpo entero, en franca  
huida desaparecer al punto  
con fuga precipitada.

Las serpientes, que a las veces  
cruzan el camino, rápidas  
como centellas lanzadas  
en la noche, se han metido  
en sus cubiles, arrastras,

y los pájaros nocturnos,  
de negra pluma erizada,  
han emprendido su vuelo  
medroso a tierras lejanas.

¿Quién llega por el camino,  
de Isabel hasta la casa,  
que pone al mal y a la noche  
en fuga desatentada?

¿Por qué la mañana cuelga  
de riscos y de hondonadas  
tapicerías de luz,  
gallardetes y oriflamas,  
y guirnaldas festonea  
de niebla sobre las ramas?

¿Quién llega, que hay en el aire  
un volteo de campanas?

Abren la marcha, escuadrones  
de multiformes y gayas  
mariposas, que, enlazadas  
por fibras de luz, que anudan  
sútiles riendas doradas  
a la mano prepotente  
de Febus, auriga en marcha  
por los caminos del éter,  
en su carroza de llamas,  
fingen aluvión de flores,  
en torbellino arrastradas  
por las brisas y los céfiros  
desde la pujante y plácida  
campiña, para romper  
en la procesión la marcha,  
cual una vanguardia en coros  
de infantes y niñas pálidas,  
con atuendos de primera  
Comunión engalanadas.

Detrás, vienen las libélulas,  
de alas atornasoladas,

y los pájaros cantores  
modulando su acordada  
partitura, hecha de sistros  
y de pastoriles flautas,  
punteada por el viento,  
que con sus dedos arranca,  
rítmicas, solemnes, graves,  
de las eólicas arpas  
de la floresta y el rico  
encaje de la enramada,  
las notas de unas profundas  
salmodias antifonarias.

Ya se oyen las campanillas  
—rojas, azules, moradas—,  
que se agitan con la brisa  
en los mangos de sus ramas;  
ya se alzan, nublando el terso  
cobalto de las montañas,  
de los vapores del suelo  
y el perfume de las plantas,  
de un odorífero incienso  
las tupidas vaharadas.

Abren calle las espigas,  
ya en sazón, bien apretadas;  
los pámpanos de las vides  
se alargan a la calzada,  
para tapizar el suelo  
con sus mantos esmeralda;  
por milagro, en pleno día  
lucen al sol las luciérnagas,  
y trenzan sus abanicos  
sobre sus fustes de plata,  
formando palio, las bíblicas  
y gentilísimas palmas.

Sobre el palio hay un revuelo  
de palomas. Las montañas  
dan al cielo el jubiloso  
eco de sus campanadas,  
y arcangélicas legiones

adorantes, con sus alas  
cubren el rostro encendido,  
y cruzan las manos pálidas,  
y anonadan sus flotantes  
cabelleras onduladas,  
o tañen en sus laúdes  
celestes rimas sagradas.

¡Todo el mundo, de rodillas!  
no haya un ser que no se abata.

Silencio augusto en la tierra,  
adoración en las almas.

El Orbe entero se inclica,  
¡porque la CUSTODIA pasa!

—  
¡Qué Custodia tan graciosa,  
tan esbelta y enjoyada;  
sus líneas son un trasunto  
de aquella de la Alianza  
Arca que guardó el maná  
con la florecida vara  
de Aarón y las dos tablas  
en que la Ley el Señor  
con su dedo cincelara.

Tan espléndida Custodia  
no está con oro forjada,  
ni en sus primores se advierten  
esmaltes, gemas ni plata.  
No es obra de Benvenuto  
ni es de los Arfes su labra,  
ni es su estilo el ojival  
ni es griega su columnata;  
pero es más rica y preciosa  
que el mismo cielo, pues Dios  
fue artífice de su planta.  
El cimentó los sillares  
que entretejen sus murallas,  
El plantó los basamentos  
de sus columnas estriadas,

El matizó los esmaltes  
de sus cornisas labradas,  
El esculió sus frisos  
y caló sus filigranas,  
El la cubrió con la cúpula  
de su amorosa mirada:  
El, Jehová, fué el artista  
de su propia *Domus Aurea*,  
cuando, por amor, su Verbo  
vistióse túnica blanca  
de nuestra bajeza y se hizo  
hartura de nuestras ansias.  
¿Cuál no estará complacido  
en habitar en tal Casa,  
si entre toda humana carne  
sólo ésta vió inmaculada,  
sólo ésta bien prevenida  
y dignamente alhajada?

Hízola primero ALTAR,  
y de su seno, ara santa,  
en la que ofrecerá el Hijo,  
tras de la gran Embajada,  
al Padre Eterno primicias  
de Redención, consumadas  
más tarde, sobre la cima  
de una loma ensangrentada.

Hizo mística PATENA  
de sus manos, levantadas  
hacia El en ofertorio  
de la Víctima Sagrada,  
una mañana, del Templo  
de Salém sobre las gradas,  
mientras de su corazón  
hizo acerico de espadas.

No busquéis, hombres, el oro,  
no busquéis luciente plata,  
que no lo habréis en el mundo  
más puro que el de las castas,

liliales manos patena  
de María Inmaculada.

Más quiso hacerle el Señor,  
que El ni se agota ni acaba;  
y de Si la hizo VIRIL  
y OSTENSORIO, que mostrara  
a los siglos adorantes  
su naturaleza humana,  
primer velo eucarístico  
que su Ser de Dios velara.

Qué graciosa estáis, María,  
como en un trono, sentada  
cabe la mísera gruta  
de Belén, y arrodillada  
en torno a ti una inocencia  
de pastores y zagalas,  
mientras das a tu Tesoro  
el maná de tus entrañas,  
y lo besas en los ojos,  
y en las manos y en la cara,  
o lo muestras a las simples  
humildades, que lo acatan  
reverentes, con la fe  
pura y sencilla en el alma.  
En ti los reyes lo adoran,  
en ti los pueblos lo aclaman,  
y ante ti rinde sus juicios  
la sabiduría humana.  
Flor y Fruto, que diría  
nuestro Fray Luis de Granada,  
«nada se piensa más dulce,  
nada más suave se canta  
que Jesús, Verbo del Padre,  
Hijo de Virgen intacta».  
¡Oh, qué inefable ofertorio  
es María Inmaculada!

Venid de todos los siglos  
los ciegos sin esperanza,  
los sabios sin fe, las almas

que se llaman fuertes y  
se quiebran como la paja.  
Venid los que no dobláis  
la rodilla en la calzada  
cuando en cortejo de luces  
el Dios-Viático pasa.  
Venid todos los que véis  
en la Hostia consagrada  
expuesta en el ostensorio  
del altar, una velada  
figura, de intranscendente  
filosofía sin causa;  
venid, que está entre los brazos  
de una Virgen sin mudanza,  
cubriéndose el Infinito  
con veladuras de infancia,  
el Supremo Ser, que tiene  
en sus dedos la mañana,  
la noche, el tiempo, y las horas  
de nuestros días contadas;  
el que a la vida que ha muerto,  
desde el hondo arcano saca,  
de la muerte, a nueva vida;  
el que con su imperio calma  
las bravías tempestades  
y las fieras turbonadas;  
el que a los ciegos da luz  
y a la lengua muda, el habla;  
el que a tullido y leproso  
la doliente carne sana.  
Vedlo a través de la Virgen,  
rogadle a Ella que os abra,  
y entraréis por esta Puerta  
de la clemencia a la Gracia  
y a la fe viva, y a la  
claridad de la esperanza

Tal hizo Dios a su Madre:  
VIRIL, PATENA, ARA SANTA;

hoy, SAGRARIO DE DIOS VIVO,  
lo lleva en su misma entraña,  
por los montes de Judea  
de Isabel hasta la casa,  
en primera procesión  
del Corpus en la montaña.

La esposa de Zacarías  
ha dejado la ventana.  
Anciana, baja de prisa;  
torpe, cual gacela salta,  
que alas le diera el amor  
y agilidad la esperanza.  
El enemigo abandona  
la presa que le legara  
la culpa del primer padre,  
por quien toda vida es mancha,  
y entre júbilos y gozos,  
bienvenidas y alabanzas,  
albricias, besos y abrazos  
ambas parientes enlazan  
su santa amistad. Ahora  
ya no voltean campanas,  
ni cantan los ruseñores,  
ni flotan los oriflamas,  
y en expectante silencio  
se ha quedado la mañana.

*«Bendita entre las mujeres,  
Isabel suspira y canta,  
y bendito el santo Fruto  
que parirán tus entrañas.  
¿De dónde, oh Dios, que te llegues  
con tu Madre hasta mi casa?»*

Y hecha divina Custodia,  
la Virgen magnificada  
entró, bendiciendo al mundo,  
de Isabel en la morada.

Sancta Sanctorum de Dios,  
omnipotente por gracia,  
tesorera de mis bienes,  
barrera de mis audacias;  
pues eres, Virgen, paloma  
por mano de Dios labrada,  
para llevar en tu seno  
toda salud a las almas,  
cuando mis ojos se vistan  
con lutos de lirio, y vayan  
tiñéndose mis mejillas  
de violetas moradas;  
cuando no lleguen los ruidos  
a mis orejas cerradas,  
y se hagan humildes nudos  
en mi lengua las palabras,  
entonces ven, que te espero,  
para que junto a mi cama,  
**REINA DE LA EUCARISTIA**  
me des con tus manos blancas  
esa Hostia, carne de Dios,  
de tu mismo ser formada,  
y así se duerman en paz  
los afanes de mi alma.

**A M E N**

Y ya hilvané la cantiga  
—algo alado, suave, leve—  
con que mi audacia se atreve  
a pedir que se te diga,  
oh María,  
junto al verbo que proclama,  
en la santa Letanía  
Lauretana  
tu limpieza soberana,  
**REINA DE LA EUCARISTIA.**



DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. OBISPO DE LÉRIDA,  
DR. D. AURELIO DEL PINO GÓMEZ

# ALMA DE VALLADOLID

POR EL

RDO. P. MÁXIMO GONZÁLEZ GARCÍA, C. M. F.

LEMA: Poema

## I EXORDIO

Con los blancos clarines de mi romance  
quiero sembrar al viento todo tu alcance,  
Virgen chica y morena de San Llorente;  
quiero esbozar, Señora, lo que Tú has hecho,  
quiero que sepan todos como en su pecho  
Valladolid te lleva, te canta y siente.  
Nada digo si digo que Tú, oh Señora,  
la alumbras con tus ojos desde su aurora,  
le forjas los airones de su hidalguía;  
la ciudad y tu nombre nacieron juntos,  
y juntos los subliman los contrapuntos  
de la Fe, de la Historia, de la Poesía.

## II REINA DE REYES

La reina Margarita sobre carroza  
y el rey Felipe en yegua que se alboroz  
bajo el estruendo largo de los cañones,  
a tu altar se dirigen con lujo harto

para ofrecerte un hijo, Felipe Cuarto,  
 capullo de tus mimos y bendiciones.  
 Las calles Cantarranas y Platería  
 son oro y cascabeles de la alegría  
 bajo el acorde recio de las campanas;  
 hay revuelo de colchas y de mucetas  
 y echan versos las majas y los poetas  
 en la calle de Orates y en sus ventanas.  
 En el regio palacio de Benavente  
 cada blasón se exalta y allí se siente  
 la risa campanera de inmensa grey;  
 y Corte y Clerecía con fe te aclama,  
 porque por Ti, Señora... la regia dama  
 le da a Cristo un vasallo y a España un rey.

### III REINA DE GUERREROS

Año mil setecientos y treinta y dos;  
 día quince de julio; parece Dios  
 sonrie sobre el cielo y en la llanura;  
 y el olor de las mieses recién segadas  
 se abraza con el humo de las granadas  
 y la espiral de incienso, gigante, pura.  
 ¡Te Deum... Te Deum!... corea la Clerecía,  
 ¡gracias... gracias!... repite la turba pía  
 que reza, bulle y viene de todas parte;  
 a tu altar se dirige la humana ola,  
 y el sol y la alegría la tornasola  
 bajo un bosque de cruces y de estandartes.  
 Allá en Orán vencieron nuestros soldados,  
 los galeones vuelven de gloria orlados,  
 vuelve oliendo a laureles la Enseña Hispana;  
 y la ciudad de Ansórez y de héroes ciento  
 te proclama, Señora, con ardimiento,  
 de las tropas de España la Capitana.

### IV REINA DE PAPAS

Año mil setecientos más cuatro y veinte;  
 doce de junio; noche; pero se siente

algo como un desborde de primaveras;  
la espuma del Pisuerga danza en la orilla  
y arde en la sombra tersa la maravilla  
de miles de faroles y de banderas.  
La cristiandad que estaba de luto y triste  
aquí y en esta noche de luz se viste,  
se desborda en las plazas con lujo vario;  
el Cardenal Ursini fué el Escogido;  
ya es Benedicto Trece; ya agradecido  
todo el pueblo le obsequia con el Rosario.  
Estudiantes y Tercios su fiero empaque  
le mezclan con los tipos del badulaque,  
con frailes descarnados y mozas guapas;  
y ante tu altar que fulge como lucero  
Valladolid te aclama, todo él entero,  
reina de los Cristianos y de los Papas.

## V REINA DE LOS ENFERMOS

El seis de los Fernandos enfermo se halla,  
dicen que ya la muerte ganó batalla,  
dicen que el trono hispano sin rey se queda;  
y en noche decembrina de luna y hielo  
desciende a Cantarranas por el Cañuelo  
procesional desfile que lento rueda.  
Preside el buen Obispo Doctor Cosío,  
delante va el Cabildo, y en proa un río  
de cruces, de beatas y de faroles;  
va el Claustro de Doctores con sus mucetas  
y dos mil estudiantes con sus vayetas  
y cirios que en las sombras son arreboles.  
En la Merced y el Carmen y en San Benito  
parece el campaneó salmodia y grito  
que traduce en plegarias la humana grey;  
y bajo el arco agudo de los luceros  
Castilla, sus señores y sus pecheros  
Te piden y te alcanzan que sane el rey.

## VI REINA DE LA PAZ

Año mil ochocientos y treinta y nueve,  
el ocho de septiembre, con niebla leve,  
con perfume de trojes y paja errante,  
por las calles estrechas de la ciudad  
va la Virgen sembrando diafanidad  
y el sol mismo parece lanzar delante.  
En Vergara un abrazo paró la guerra,  
no enrojece de sangre la hispana tierra,  
no cosen los fusiles carne de hermanos;  
y a la bendita Virgen de San Llorente  
más galana que nunca, más sonriente,  
sacan, agradecidos, los castellanos.  
Hay sermón y Te Deum con voces ciento,  
hay fuegos, hay cucaña, hay gran contento  
que ríe en cada esquina y en cada faz;  
y en el barrio del centro y en Costanilla  
te aclama con locura la docta villa  
reina de las batallas y de la paz.

## VII REINA DEL IMPERIO

Año mil ochocientos noventa y tantos,  
Cuba... la bella Cuba con sus encantos  
del regazo de España fugarse anhela;  
Valladolid lo siente, va a su Patrona  
y le pide que a España de la corona  
no le caiga un diamante que tanto riela.  
Don Antonio María de Cascajares,  
arzobispo y prohombre de rancieros lares,  
porta la gran Custodia del Sacramento,  
y siguen los Colegios y Asociaciones,  
fulgen cruces y sables y medallones,  
y oro de Letanías se irisa al viento.  
Ante la dulce imagen de sus amores  
la ninfa del Pisuerga con sus clamores  
por Cuba y por España suspira y llora;

y aunque Cuba se pierde tras negra lid,  
de su Virgen aún canta Valladolid  
que es del Imperio Hispano Madre y Señora.

## VII EPILOGO

Virgen de San Lorenzo chica y morena,  
de tu altar y tu solio me voy con pena  
pero te dejo el alma presa a tu lado;  
no la dejo volando sino de hinojos  
y quiero que me alumbren tus bellos ojos  
como a Simón de Rojas y a Regalado.  
La voz, Señora mía, se va a otra parte,  
pero en cumbres y en llanos yo he de cantarte  
bordando de tu historia la maravilla,  
diciendo que a este pueblo le diste gloria,  
que le hiciste gigante para la historia,  
que eres rosa de España y sol de Castilla.



DEL EXCMO. SR. CAPITÁN GENERAL DE LA 7.<sup>a</sup> REGIÓN

NTRA. SRA. DE SAN LORENZO  
DEFENSORA DE LA CIUDAD

POR

D. GONZALO DE LA BARCA Y DEL HOYO

LEMA: Coraza

No temas, noble Matrona,  
no temas, Valladolid,  
porque en toda negra lid  
te defiende la Patrona.  
Ella te dió la corona  
y Ella la espada también;  
y en todo humano vaiven  
es Ella, desde su trono,  
madre que ve tu abandono  
y baja a besar tu sien.

No hay desgracia ni hay horror  
de que no te libre Ella,  
ni hay lágrima ni querella  
que no mire con amor.  
Ella es luz, balada y flor  
sobre el infortunio horrendo;  
y Ella pasa sonriendo  
sobre tu angustia infinita

cuando te muerde y te agita  
el mal que pasa rugiendo.

Ante tu leve hermosura  
para el fuego sus corceles,  
el dolor quema sus hieles,  
la tempestad no fulgura,  
la calcinada llanura  
reverdece ante tus ojos;  
y ante tu imagen de hinojos  
cesa la tenaz sequía  
y una lluvia mansa y pía  
vuelve a alegrar los rastros.

Un día .. en el año mil  
quinientos sesenta y uno,  
corre un incendio importuno  
como colosal reptil.  
Llega hasta Teresa Gil  
comenzando en Platería;  
Corrillo y Zapatería,  
Costanilla y Rinconada  
ay... las reduce a la nada  
al alborear el día.

Y es día de San Mateo,  
día de ñaques y toros,  
día de sedas y de oros,  
y día de galanteo.  
Mas sólo se ve el flameo  
de las llamas retorcidas;  
y por calles derruidas  
y por callejas dolientes  
se abrazan y huyen las gentes  
insomnes... despavoridas.

Entre la humerada y llama,  
brazo a brazo con el fuego,  
corre el clérigo y el lego,

el conde y la rica dama,  
A todos acucia y llama  
un campaneo doliente;  
y la monja penitente  
y el fraile de San Benito  
dejan su claustro bendito  
y apagan con fe valiente.

De pronto sobre el fragor  
de aquella hoguera infernal  
flota un algo celestial,  
algo que es brisa y es flor.  
Es Ella... es el amor  
de su maternal mirada;  
y la inmensa llamarada  
se agazapa, se retira,  
y ya... Valladolid respira  
del incendio liberada.

Triste cuatro de febrero,  
mil seiscientos treinta y seis,  
como ni pensar podéis  
Valladolid gime entero.  
Pisuerga y Esgueva fiero  
se pinan, saltan su valla;  
y el agua como una tralla  
de colosal restallido  
se encrespa, azota, y hundido  
deja al pueblo entre su malla.

Por Moros y San Martín,  
por Angustias y Magaña,  
va el agua con furia extraña,  
cual vengador serafín.  
Sube al Ochavo por fin,  
sube hasta la Cruz también;  
y el oleaje en vaiven  
que un canto loco suspira

todo lo agrieta, lo tira,  
todo lo arranca a cercén.

Oh dicha... sobre la espuma  
de aquel agua vengadora,  
La traen como una aurora,  
cual reina de gracia suma.  
La Procesión en la bruma  
flota y se perfila bella;  
y el oleaje se estrella,  
y se amansa el doble río  
por Su regío señorío,  
porque se lo ordena... Ella.

Un cuatro del bello mayo  
de mil quinientos sesenta  
y uno, Castilla ostenta  
la calcinación de un rayo.  
Ni un nidal ni un lirio gayo  
cantan en la serranía;  
diez meses van de sequía,  
el hambre más negra sube,  
y no aparece la nube  
con la gracia que se ansía.

En Procesión colosal  
sacan la bella Patrona  
que lleva el sol por corona  
y el campo por pedestal.  
Pocos pasos, y un terral  
pasa como abanicando;  
y según se va avanzando  
surge una nube radiante  
que crece, se hace gigante  
y un mes está diluviando.

El año mil setecientos  
cincuenta y cinco, y el uno  
de noviembre, algo importuno  
baila tejas y cimientos.

Fragor de terribles vientos  
se oye debajo de tierra;  
parece que ingente guerra  
cabalga por el subsuelo,  
y un grito se eleva al cielo  
mientras el alma se aterra.

Es un sismo... es un temblor...  
y hacia la Patrona santa  
despide cada garganta  
un ay y un rezo de amor.  
Todos le piden favor  
en fenómeno tan grave;  
y el porqué... Ella lo sabe,  
se frenó al instante el sismo,  
y el dantesco paroxismo  
se convirtió en calma suave.

Como aquestos... casos ciento  
pregonan, Valladolid,  
que en la paz como en la lid  
es Ella tu valimiento.  
Ella es tu fuerte cimientto  
y es tu cúpula de oro;  
Ella es tu sacro tesoro,  
y es regalo celestial  
que te aleja todo mal  
y te enjuga todo lloro.

Pues sigue, Valladolid,  
sigue, sencilla Matrona,  
que la secular Patrona  
te defiende en toda lid.  
No temas ningún ardid  
en tu larga trayectoria;  
Ella es eje de tu historia,  
Ella es tu luz y es tu beso,  
y Ella te guía al progreso  
y a las cumbres de la gloria.



DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LÉRIDA

## A Nuestra Señora de la Academia

POR

D. VALENTÍN GALINDO PERELLA

LEMA: *Ileida Victrix*

La Virgen de la Academia,  
la Virgen Blanca, sonrío;  
(en el ventanal, deslíe  
rojos y azules el sol).  
La Capilla solitaria  
se llena de poesía;  
(una flor, viendo a María  
cubre su faz de arbol).

La Virgen Blanca es pureza  
como el mirar de un querube;  
(sube, poesía, sube,  
sube a besarle los pies).  
Es candor, es nieve, es lirio,  
blancura es la Virgencita;  
(brilla, luce, lamparita  
y dinos tú cómo es).

La Virgen de la Academia  
de todas la más cantada;  
(vuela, poesía alada

que a otras mil has de encontrar).  
La que tiene por corona  
a una nube de poetas;  
(volad, rimas incompletas,  
id sus plantas a besar).

Decidle a la Virgen Blanca  
que es Reina de poesía;  
(qué buen vasallo sería  
si yo supiese escribir...!).  
Decidle que de esa frente  
mil versos son diadema;  
(por ponerle allí una gema  
presto diera mi vivir).

Decidle que es tan hermosa  
que los bardos desfallecen;  
(ay, qué pronto palidecen  
las otras junto a su Faz...!).  
Decidle que su hermosura  
llena al mundo de belleza;  
(habla, lira: canta, reza,  
busca en Ella gozo y paz).

Acaso en lejanas tierras  
un poeta suda y rima;  
(qué profunda es esa sima  
de su belleza y su amor!).  
Acaso al lograr captarte  
en alguna fase, exulta;  
(qué incompleta le resulta  
la palabra al trovador!).

Reina que tiene su trono  
en una corte de vates;  
(ellos se dicen magnates  
de toda la creación).  
Conocida en todo el mundo  
y en todo el mundo adorada;

(es la Virgen más cantada  
por humano corazón).

En esa Capilla clara  
donde recibe y espera,  
(el sol luce su chistera  
amarilla, roja, azul)  
flotan versos y oraciones  
que su armonía descubren;  
(rosas y flores la cubren  
con aromático tul).

Sacerdote viejecito  
esclavo de tu grandeza,  
(alba y pelada cabeza  
que vive pensando en Ti)  
hundido en el duro banco  
tus perfecciones medita;  
(quién pudiera, Virgencita,  
pasarse una vida así...!).

Allá afuera el río Segre  
tras sangrías de su cauce  
(llora, río, como un sauce  
que te dejan sin caudal)  
es heraldo de tus glorias  
y de tu luz pregonero;  
(díselo al Ebro primero  
que él entiende de tu mal).

Y ese castillo inmutable  
como mariana atalaya  
(hurgas la celeste playa  
para bañarte en su mar?)  
es la escalera del cielo  
donde Tú, Virgen, esperas;  
(oh torre, si tú quisieras  
podría hasta Ella llegar)

Oh Lérída, la del César,  
cuna de héroes y de santos;  
(entre tus blasones, cuántos  
son complacencias de Dios?).  
Tu Virgen de la Academia,  
Tu Virgen Blanca primero;  
(lira, por Ella yo espero  
que iremos a Dios tú y yo...)

La Virgen de la Academia  
en quien tantos se inspiraron;  
(esas flores suspiraron:  
recitan versos, quizá...?)  
La Virgen Blanca, la hermosa,  
de todas la más cantada;  
(esta flor mustia y ajada,  
Señora, te agradecerá...?).

PÓSTUMO DEL M. ILTRE. SR. DR. D. JOSÉ A. BRUGULAT,  
DIRECTOR QUE FUÉ DE LA ACADEMIA

## TRÍPTICO DE SONETOS

POR

D. VALENTÍN GALINDO PERELLA

LEMA: María, Fons.

(El que beba de esta Agua no morirá eternamente)

### I

#### Fons Charitatis

Voy en busca del agua, como aquellos  
que cruzaban tu puerta amurallada;  
voy en busca del agua, nunca hallada  
si me niegan su luz tus ojos bellos.

Aguadores de ayer... Bien saben ellos  
que a la FUENTE DE AMOR, la más buscada,  
se llega por la senda iluminada  
de marianos y vírgenes destellos.

Tengo sed. Y no sé, dulce Señora,  
que otra fuente me calme: que otra fuente  
mane al mundo una linfa redentora.

Fuente Tú del Amor, a Tí, indigente,  
vengo el Agua a beber, dulce Aguadora,  
Señora sin igual de San Llorente.

## II

**Fons Doloris**

Un alfanje feroz de media luna  
va segando a las Vírgenes de España:  
hambre tiene de Cristo la guadaña  
en las manos de cábila moruna.

La furia iconoclasta aun pierde alguna;  
espíritus piadosos, a su saña  
oponen la osadía de su maña  
y crean para Dios fecha oportuna.

Tú fuiste por la turba perseguida  
y por manos ungidas rescatada  
esperando el hallazgo del pastor.

En la cueva, aguardando su venida,  
yo te he visto llorar cuando, ignorada,  
eras mística FUENTE DE DOLOR.

## III

**Fons Pacis**

Derramando en el mundo caridad,  
convirtiendo las penas en virtud,  
tu tierna y maternal solicitud  
es fuente y manantial de santidad.

Las flores de tu Mano, son bondad;  
el Niño en tu Regazo, plenitud;  
Tú entera, resplandor fe y gratitud  
al Dios que te inundó de claridad.

El hoy promete sangre y mana horror,  
se incuban gestaciones de terror  
y la guerra no vela ya su faz.

Señora, Caridad, Dolor y Fe,  
nuestra única esperanza; muestrate  
divina y celestial FUENTE DE PAZ.

DE LA DIRECCIÓN DE LA ACADEMIA

# “HUERFANITOS”

POR EL

RDO. D. VICENTE PUIG BOSCH, Pbro.

LEMA: ¡Mater!

DRAMA EN 3 ACTOS

ACTO I

Decoración de calle

ESCENA PRIMERA

(Salen uno por cada lado D. Norberto y D. Pedro).

D. PEDRO.—¡Hola, D. Norberto! ¿sale V. de paseo?

» NORBERTO.—No, por cierto; y ¿V. sigue bien?

» PEDRO.—Regular, la señora está algo indispuesta, pero acariciamos la esperanza de su pronto alivio.

D. NORBERTO.—Lo celebraría y haga Dios se reponga cuanto antes.

D. PEDRO.—Muchas gracias ¿irá pues de visita?

» NORBERTO.—Sí, me dirijo al castillo feudal con el objeto de felicitar a nuestro amigo D. Damián por el feliz alumbramiento de su segunda esposa D.<sup>a</sup> Ursula.

D. PEDRO.—Hoy me lo han participado y se conoce que aquella morada rebosa de gozo, según lo que me ha contado el paje.

D. NORBERTO. Con razón sobrada. Cuenta que el cielo les ha regalado una niña robusta y hermosa, conforme a los vivos deseos de Don Damián, quien no tuvo sino niños de su primera esposa.

D. PEDRO.— ¡Doña Inés! Modelo de mujeres, de esposas y de madres!

¡Qué cambio tan radical se ha obrado en el castillo desde la muerte de D.<sup>a</sup> Inés!: en ninguna casa han demostrado tan elocuentemente su influencia las mujeres.

D. NORBERTO.— Realmente: no se encontraría una sola persona que hablase mal de aquella excelente señora.

D. PEDRO.— La segunda esposa es el reverso de la medalla... Ha desaparecido ya aquel ambiente de respeto y de nobleza que se respiraba en el castillo, aquel trato fino de los señores, aquella magestad atenta y amable de la señora que cautivaba dulcemente todos los corazones. Aquel hogar era una escuela donde aprendían los súbditos toda clase de virtudes.

D. NORBERTO.— Ciertamente es así. D. Damián era todo un caballero, cortés, generoso, con esa humildad noble, que tan bien sienta en las personas de la aristocracia. Mas la señora era la virtud personificada y seguramente habrá pocas mujeres que reúnan en una sola pieza tan bellas cualidades de talento, bondad, discreción y finura como esmaltaban el corazón de la inolvidable D.<sup>a</sup> Inés.

D. PEDRO.— En su tiempo el castillo era visitado de todos, los aristócratas se honraban con el fino trato de los señores, los labriegos encontraban allí amparo y protección; el peregrino y el pobre mendigo hallaban siempre en el castillo seguro abrigo y en la señora, una madre que para todos tenía un consuelo y una caricia noble, derramando a manos llenas grandes limosnas.

D. NORBERTO.— ¡De que diferente manera sucede hoy, D. Pedro; nosotros mismos no nos acercamos al castillo sino en los días de gran etiqueta, porque ya no se nos hace caso. D.<sup>a</sup> Ursula con su genio brusco, uraño, veleidoso, intratable, no sólo ha trastornado el cerebro de D. Damián sino que, rompiendo las relaciones con las familias de los nobles, se ha rodeado de gente inculta y sin seso.

D. PEDRO.—Que ya sabes como pasan el tiempo; del banquete al baile, y del baile al banquete. El cambio de señora ha sido fatal para el castillo y para toda la ciudad.

D. NORBERTO.—Ya viene D. Abdón, seguramente se dirige también al castillo, esperémosle.

## ESCENA SEGUNDA

(Sale D. Abdón)

D. NORBERTO.—¿Que tal vá D. Abdón?

ABDÓN.—Bien, gracias a Dios, y vosotros? (Se saludan).

PEDRO y NOR.—Sin novedad.

ABDÓN.—¿Que regresáis ya del castillo?

PEDRO.—No señor, pero del castillo hablamos.

NORBER.—(a Abdón) ¿Que estás invitado al baile?

PEDRO.—¿O al banquete?

ABDÓN.—A nada estoy invitado, ya sabéis que desde el gobierno de D.<sup>a</sup> Ursula no se invita sino a la gente moza, pues todo se reduce a un continuo bailoteo.

PEDRO.—Nosotros ya disfrutamos del castillo en tiempo de D.<sup>a</sup> Inés.

ABDÓN.—¡D.<sup>a</sup> Inés! Solo su recuerdo conforta el espíritu. Entonces aquel alcázar era morada de nobles, ahora lo es de bailarinas.

NORBERTO.—Sientes como nosotros.

PEDRO.—Exactamente igual.

ABDÓN.—Es imposible juzgar de otro modo. Y decidme ¿Dónde estarán los dos hijos de D.<sup>a</sup> Inés? Yo confieso que jamás los he visto.

PEDRO.—Yo tampoco.

NORBERTO.—Tampoco yo.

ABDÓN.—¿Los recordáis? Parecían dos estrellas, desprendidas del firmamento, vivo retrato de su mamá; bellos como los ángeles del cielo, cariñosos, educados, juguetones, rubios y ensortijados sus cabellos de oro, brillantes sus ojos, rosadas sus mejillas y despuntando siempre la dulce sonrisa en sus labios de grana.

PEDRO.—Los recuerdo perfectamente y les echo de menos las pocas veces que voy al castillo.

NORBERTO.—Ellos eran las únicas joyas de sus padres. ¡Con que placer D.<sup>a</sup> Inés nos los presentaba, y que por cierto eran dignos de ser presentados.

ABDÓN.—Pues hoy sin falta voy a preguntar por su paradero. ¡Cuánto temo no sean víctimas del odio y de los celos de su madrastra!

PEDRO.—No se concibe se pueda llegar a tanto.

NORBERTO.—Sería el mayor de los crímenes.

ABDÓN.—Todo es posible al odio de una mujer.

PEDRO.—Pero está su padre.

NORBERTO.—Que no puede aborrecer a sus hijos angelicales.

ABDÓN.—¿No véis el cambio que se ha operado en don Damián? El Damián de hoy no es el de ayer, y el noble caballero del tiempo de D.<sup>a</sup> Inés se ha convertido en un arlequín.

NORBERTO.—¿Tanto ascendente ha llegado a tener doña Ursula en el corazón de su esposo?

ABDÓN.—Sí, hombre, sí; el hombre es lo que es su mujer; cuenta por lo tanto si es de suma importancia su elección.

PEDRO.—Tal vez en ninguna parte se vea más el contraste entre dos mujeres.

NORBERTO.—Seguramente que no.

ABDÓN.—Callad, ahí viene el bufón del castillo y a nadie mejor podemos preguntar por el paradero de los niños.

PEDRO.—¿Creéis que lo sabe él?

NORBERTO.—Si que lo sabe, pero no querrá decirlo.

ABDÓN.—Nada del castillo se oculta al bufón porque en todo mete la pata.

### ESCENA TERCERA

(Entra el bufón)

ABDÓN.—Hola, ¿dónde vamos, bufón?

BUFÓN.—A dar aire a los pulmones.

NORBERTO.—No faltan aires en el castillo.

BUFÓN.—Ni aromas de sabrosos manjares, tampoco.

PEDRO.—¿Nos invitas al convite?

NORBERTO.—Esto va de cajón.

ABDÓN.—Ya nos damos por invitados. ¿A qué hora se dá?

BUFÓN.—Ya son Vds. pasados de moda; no queremos sino la fragancia de las flores.

PEDRO.—Pero en un banquete no representan mal papel las frutas.

BUFÓN.—Son demasiado sazonadas.

NORBERTO.—Ya sabemos bailar.

BUFÓN.—No les falta todo.

ABDÓN.—¿Será de primera el banquete?

BUFÓN.—Ya me estoy relamiendo.

ABDÓN.—Nosotros echamos de menos los tiempos de D.<sup>a</sup> Inés.

BUFÓN.—Lo que echan de menos es no poder volver a los veinte abriles.

PEDRO.—Así tu habrás ganado en el cambio de señora.

BUFÓN.—Aquellos tiempos eran de plata, estos son de oro.

NORBERTO.—Para nosotros y para D. Abdón, aquellos eran de oro y estos son de barro.

BUFÓN.—D. Damián bien que baila.

ABDÓN.—¿Cómo tiene tanto humor?

BUFÓN.—También se baila por fuerza.

ABDÓN.—¡Pobre D. Damián! Está completamente desconocido.

NORBERTO.—Si se ha vuelto un memo.

PEDRO.—¡Tan fino que era su trato!

BUFÓN.—Ahora ni corta, ni pincha.

ABDÓN.—Todos los días estáis de banquete en el castillo.

BUFÓN.—No mucho, una o dos veces por día.

NORBERTO.—¿De donde saldrán las misas?

BUFÓN.—Toma, de la sacristía.

PEDRO.—¿Y el dinero para pagar tanto despilfarro?

BUFÓN.—Se irán vendiendo las posesiones del castillo.

NORBERTO.—Así camináis a la miseria.

BUFÓN.—Sea, pero el camino es delicioso.

ABDÓN.—Escucha, ¿donde están los niños de D.<sup>a</sup> Inés? pues desde que D. Damián se casó con D. Ursula no les hemos visto más el pelo.

BUFÓN.—¿Dónde estarán los pájaros sino en la jaula?

PEDRO.—Pero los pájaros están mejor volando.

BUFÓN.—Del pájaro que vuela no se es dueño.

ABDÓN.—¿Con que están encerrados?

PEDRO.—¡Tan lindos y graciosos que eran!

NORBERTO.—Eran el gozo y la vida del castillo.

BUFÓN.—Ahora se vive mejor.

ABDÓN.—Pero ¿viven esos dos niños preciosos?

BUFÓN.—Todo vive en el castillo.

ABDÓN.—¿Nos los presentarán, si pedimos por ellos?

BUFÓN.—Si no es la hora de la digestión... tal vez.

NORBERTO.—¿A que hora digieren Vds.?

BUFÓN.—Siempre.

NORBERTO.—Así es inútil interesarnos por ellos.

PEDRO.—¡Pobres niños! ¡qué temprano les ha venido el sufrimiento!

ABDÓN.—Pero, ¿dónde los tienen, que no han comparecido más, ni se ha hablado de ellos?

NORBERTO. Los habrán sepultado con su madre.

PEDRO.—Desgraciado castillo, si no comparecen estos dos niños.

BUFÓN.—Por eso estarán en buen recaudo.

ABDÓN. Dinos la verdad ¿los has visto de poco tiempo?

BUFÓN.—Ni las cosas de hoy recuerdo.

NORBERTO.—¿Del Bufón esperáis cosa buena?

PEDRO.—No le preguntes más.

ABDÓN.—Siempre le había tenido por sincero.

BUFÓN.—Si me viesen en el banquete, allí verían comer con sinceridad.

ABDÓN.—Pero no nos ha dicho quien cuida de ellos y donde están.

BUFÓN.—¿Cree V. que todo lo sabe el Bufón? Ni todo lo sabe, ni todo lo dice.

NORBERTO.—Claro se ve que hay un misterio.

BUFÓN.—Pero es misterio de gozo.

NORBERTO.—Parece de dolor.

BUFÓN.—En el castillo todo es gloria (Se pone a bailar y dice:) Yo me canto, yo me bailo y me río la mar).

ABDÓN.—Lo que, ni cuando cantas, ni cuando bailas, jamás dices la verdad y ten presente que por oculto que se haga el fuego, día vendrá que se descubra y entonces la váis a pagar. Vete, Bufón y no cuentes con nosotros.

BUFÓN.—Ya les tengo descontados, allí se reune tan sólo la juventud.

PEDRO.—Siempre estáis en primavera.

NORBERTO.—Entre flores y perfumes.

BUFÓN.—Y entre exquisitos manjares... y quédense en paz que me voy.

TODOS.—Con Dios.

#### ESCENA CUARTA

PEDRO.—Ya era de suponer que el Bufón no diría la verdad.

NORBERTO.—Siempre es falso lo que dice.

ABDÓN.—No obstante su proceder deja traslucir un misterio.

PEDRO.—Esta es una de las miserias humanas, a saber: Cuando uno está en el poder, todos le adulan, disimulan sus faltas, si no las aprueban.

NORBERTO.—Sí, vería V. como cantara ese Bufón, si le despidieran.

ABDÓN.—Yo temo mucho por la suerte de esos dos niños. Estoy convencido de que la muerte les hubiera sido más apetecible.

PEDRO.—Yo me despido de Vds. señores, con que hasta luego. Tal vez les encuentre en el castillo.

LOS DOS.—Adiós, D. Pedro.

(Este se va por la izquierda y los dos por la derecha).

## ESCENA QUINTA

(Se oye una guitarra que tañe un ciego que sale por la derecha, guiado por un chico y varios chiquillos que le siguen. El ciego canta o recita:)

CIEGO.— ¡Oh madres que tenéis hijos  
oh hijos que tenéis madres!,  
escuchad la triste historia  
que pasó de una madrastra.

Dos hijitos encontró,  
al casarse la madrastra  
más bellos que el claro sol,  
ricos como luz del alba.

Comenzó por tener celos  
¡Oh celos a cuantos matas!  
y acabó por encerrar  
los dos niños que lloraban.

De ellos no se acordó más  
aquella mala madrastra  
que a los bailes y banquetes  
era muy aficionada.

Las sirvientas algún día  
un mendrugo les echaban  
como si fueran dos perros  
encerrados en la jaula.

Y no les faltó el castigo  
(quién mal anda mal acaba)  
tanto a la madrastra fiera  
como al padre sin entrañas.

Una noche hubo convite  
y después alegres danzas  
donde a todos divertían  
el mal padre y la madrastra.

De repente todo se hunde  
de fuego entre llamaradas,  
y al infierno bajan todos,  
a continuar la danza.

Intacta sólo quedó  
de los niños la estancia  
con temblor tan gran milagro  
todo el pueblo comentaba.

¡Oh padres que tenéis hijos!  
oh hijos que tenéis padres  
recordando esta historia  
tened piedad de la infancia.

(Se va por la izquierda, siguiéndole todos los chiquillos).

## ESCENA SEXTA

(Entran por la derecha Norberto y Abdón)

NORBERTO.—¿Has oído lo que canta el ciego?

ABDÓN.—Si, ni más ni menos que si explicara la historia del castillo.

NORBERTO.—Todos sospechan lo mismo.

ABDÓN.—Sería una crueldad inaudita el martirio de aquellos dos inocentes. Hombre, ni Herodes...

(Llega por la derecha un chico corriendo)

CHICO.—Ciertos son los toros, ciertos son los toros:..

NORBERTO.—¿De qué toros hablas?

ABDÓN.—¿Qué ocurre?

CHICO.—Lo que canta el ciego es el principio de la historia del castillo.

ABDÓN.—No puede ser.

NORBERTO.—¿Cómo lo sabes tú? explícate.

CHICO.—Una sirvienta del castillo estaba con nosotros, escuchando al ciego; a la mitad del romance ya lloraba como una Magdalena; esto ha llamado mucho la atención, porque todos sospechan algo de malos tratamientos a los niños del castillo; luego el corrillo que escuchaba al ciego ha rodeado a la sirvienta. Le han preguntado: ¿Porqué lloras? ¿Por ventura es la historia de los niños del castillo?

ABDÓN.—¿Qué ha respondido ella?

CHICO.—Ha dicho, llorando amargamente:—Talvez se quede corta todavía. ¡Pobres inocentes criaturas, dan lás-

tima! Cerca de un año hace que no han visto la luz del sol, encerrados en un aposento oscuro viven, si vida puede llamarse aquel vivir! ¡Tan frescos y hermosos que eran, parecen ahora dos esqueletos; duermen día y noche en una yacija de paja, apenas se les echa unos mendrugos de pan, para alargar con su vida los tormentos... allí lloran... allí se consumen las dos criaturas más hermosas que se conocían...! — Cuando ella acababa el triste relato, ya eran muchos los espectadores que derramaban lágrimas.

NORBERTO.—Lo creemos.

ABDÓN.—Y su padre ¿permite ese crimen?

CHICO.—Ya se lo han preguntado.

ABDÓN.—Y ¿qué ha dicho?

CHICO.—Que su padre está loco por la madrastra y antes que disgustarla, sacrificaría a sus hijos y a todos los dependientes del castillo.

NORBERTO.—¡Qué infamial!

ABDÓN.—¿Así todo es obra de la madrastra?

CHICO.—Sí; ha dicho que todo está mandado por doña Ursula.

ABDÓN.—Ni los bárbaros cometen tamañas crueldades.

CHICO.—Algunos le han dicho a la sirvienta:—¡Pobre de tí! ya puedes escaparte del castillo, porque cuando la señora sepa que descubres ese crimen... — No me importa, ha respondido, hoy mismo me marcharé.

NORBERTO.—Y ¿qué ha pasado más?

CHICO.—Ella se ha marchado llorando y se ha disuelto el grupo, haciendo sabrosos comentarios. Adiós.

NORBERTO.—Con Dios y gracias, chico. (Se va el chico).

ABDÓN.—Esto es insufrible.

NORBERTO.—Realmente exaspera el ánimo más flemático.

ABDÓN.—Se impone la unión de todos los buenos para presentar a la autoridad una denuncia en forma.

NORBERTO.—Ahí viene D. Pedro, (señalando a la izquierda); ¡Qué sorpresa se le espera!

ABDÓN.—Sí, realmente. ¡El que es tan partidario de D.<sup>a</sup> Inés!...

## ESCENA SEPTIMA

(Entra D. Pedro por la izquierda)

PEDRO.—¿Regresáis por ventura del castillo?

ABDÓN.—Si ¿que vas tú ahora?

PEDRO.—Si, ¿que os ha dicho el bendito de D. Damián?

NORBERTO.—No le hemos visto.

PEDRO.—¿Os habrá recibido la misma bárbara señora?

ABDÓN.—Tampoco.

PEDRO.—Pues ¿a quién habáis visto? ¿al portero?

ABDÓN.—Exactamente. Nos ha dicho que no recibían por estarse preparando el convite.

PEDRO.—¡Bonito convite! Valiera más que diesen de comer a los dos niños que se están muriendo de hambre y de asfixia.

NORBERTO.—¡Hola! ya sabes lo que pasa.

ABDÓN.—Nosotros pensábamos darte una sorpresa.

PEDRO.—Ya lo sabe todo el mundo, hasta los ciegos.

NORBERTO.—¿Has oído también el romance del ciego?

PEDRO.—No, pero han dicho que ya canta el castigo que se les espera a los comensales y danzantes del castillo.

ABDÓN.—Es un crimen horrendo el que se está fraguando en este desdichado castillo.

NORBERTO.—Y todo por los malditos celos de una mujer que tiene el corazón de hiena.

PEDRO.—Ni ella es mujer, ni D. Damián es hombre, son dos fieras salvajes las que anidan en aquellos vetustos paredones; pero, o yo he de dejar de existir o saldrán pronto de aquella inmundicia pocilga esos dos ángeles, fiel trasunto de la difunta D.<sup>a</sup> Inés, cuyo martirio parte de pena todos los corazones honrados y hace hervir la sangre en el pecho de todos los padres, ya que el agravio y la ofensa se dirigen a la misma naturaleza, a la paternidad misma.

Se está torturando precisamente a los niños más buenos, más amables, más preciosos que se conoce, se está abusando criminalmente de la debilidad y de la inocencia, se está matando de hambre a los preciosos vástagos que de

derecho les pertenece la rica herencia que se está dilapidando en orgías y jolgorios indignos de gente honrada... ¿qué decís pues vosotros? ¿sois de mi parecer?

ABDÓN.—Si, cuenta con nosotros para vengar un proceder tan inicuo y para abrir de par en par las puertas de la cárcel que encierra a esos dos ángeles dignos de mejor suerte.

## ESCENA OCTAVA

(Entra por la derecha el jefe de la guardia del castillo)

JEFE.—Buenos días tengan Vds, caballeros.

TODOS.—Buenos días.

JEFE.—Harían Vds. el favor de decirme si ha pasado por aquí un ciego con una guitarra, cantando la historia de una madrastra?

PEDRO.—¿Hará V. el favor de decirnos a que fin se busca el ciego de marras?

JEFE.—El señor del castillo ha dado orden de prenderle.

PEDRO.—¿Es por ventura algún criminal?

JEFE.—Si, porqué conmueve al pueblo con un romance que el vulgo interpreta mal.

PEDRO.—¿No es verdad que en el castillo se está martirizando a los dos hijos de su señor, que es indigno de llamarse padre?

JEFE.—Lo ignoro, y no creo que sea verdad.

PEDRO.—¿V. vive en el castillo y lo ignora...? ¡Farsa y pura farsa!

JEFE.—No diga V. esto.

PEDRO.—Pues diga al señor del castillo que el ciego a quién busca soy yo, que era su amigo hasta ahora, y que no he de cejar un instante hasta haber puesto en libertad a las dos inocentes criaturas, que tanto tiempo ha, gimen en oscura mazmorra, y haber exigido un castigo ejemplar, si existe una pena proporcionada a la culpa, a las dos hienas causantes de un crimen tan nefando.

JEFE.—Haga V. el favor de venir conmigo al castillo para presentar esta queja al señor.

ABDÓN.—El señor del castillo no está visible.

NORBERTO.—Está poniendo la mesa para el banquete.

JEFE.—Vengan Vs. conmigo y les haré la presentación.

ABDÓN.—Gracias, ahora mismo regresamos del castillo y se nos ha prohibido la entrada.

JEFE.—(A Pedro). Pues V. se ratifica en las acusaciones, que ha formulado contra mi señor?

PEDRO.—Sí, me ratifico en ellas y confieso que me he quedado corto.

JEFE.—Pues venga conmigo al castillo.

PEDRO.—¿A qué fin? ¿Para encerrarme con los desgraciados niños, para compartir con ellos los tristes coscorros de pan seco que tal vez hayan dejado los perros, para tener una víctima más, amarrada al cepo, para amedrantar al pueblo con un castigo ejemplar haciendo callar mi lengua que va a poner en descubierto todos los vituperios y ferocidades que se están cometiendo en aquella fatídica mansión, para que pueda continuar siendo el castillo un sepulcro blanqueado, todo músicas y orgias por fuera y ¡horrores! .. podredumbre... e infamia por dentro?... No. Para esto no voy al castillo. Anúncielo así a los tiranos, a don Damián y a D.<sup>a</sup> Ursula.

JEFE.—Pues le mando que venga conmigo al castillo.

PEDRO.—He dicho que no voy y no quiero faltar a mi palabra.

JEFE.—Vendrá V. a la fuerza.

PEDRO.—¿Yo?... Jamás. Sólo iré al castillo al lado de la autoridad competente y capitaneando al pueblo para vengar los crímenes que allá se cometen y para poner en libertad a los dos inocentes que injustamente tenéis encerrados.

JEFE.—Vendré con gente armada y tendrá V. que seguir en peores condiciones.

PEDRO.—¿Yo seguir?... Jamás. Tendrán Vds. que arrastrarme cadáver, pues mientras me quede un átomo de vida, lo sacrificaré en defensa de la justicia ultrajada.

JEFE.—Por lo mucho que le quiero, haga el favor de seguirme.

PEDRO.—Gracias por el aprecio y pida cosas mayores y más justas.

(El Jefe coge a Pedro por el brazo para hacerle seguir)

JEFE.—Vayamos los dos al castillo.

PEDRO.—¿Quiere V. que repita que no voy?

JEFE.—Pues siga V. (Le empuja).

PEDRO.—Jamás.

ABDÓN. Suelte V. a Pedro.

JEFE.—No lo suelto, es prisionero.

NORBERTO.—Los prisioneros son V. y los señores del castillo.

JEFE.—¿Tambien Vds. quieren ir a la cárcel?

ABDÓN.—Tambien.

(El Jefe tira del brazo a Pedro, Abdón y Norberto se arrojan sobre él, pelean un poco hasta que Pedro queda suelto).

PEDRO.—Es inútil el cansarse, yo no voy.

JEFE.—(Marchando). Pues la pagaréis.

## ACTO II

(Casi a oscuras aparece una sala pobre, en el ángulo de la derecha hay un poco de paja y unos trapos que sirven de cama a los dos niños, Luis y Dominguín el 1.º de 6 años y el 2.º de 3).

### ESCENA PRIMERA

(Los niños están echados en la paja como si durmiesen. Un piano podría tocar con suavidad).

(Detrás de los bastidores de la derecha se oye ruido de platos y de copas. Están poniendo la mesa).

CRIADO 1.º—Trae los mejores manteles.

» 2.º—¿Qué vagilla quieres?

» 1.º—La mejor y la más fina; hoy es el día más solemne, hombre.

» 2.º—¡Tomal... Como todos los días estamos de fiesta.

- CRIADO 1.º—Pero como hoy que es el día del bautizo.
- » 2.º—Qué niña tan llorona le ha nacido a don Damián. Si hubiese de tener el genio de su mamá, más valiera estrangularla.
- » 1.º—No digas esto, que si lo saben...
- » 2.º—Esto va entre nosotros, hombre, me guardaría bien de decirlo en otra parte.
- » 1.º—Trae esas copas, cuchillos, tenedores (se oye el ruido de estas cosas)... aprisa que ya es tarde.
- » 2.º—No es tarde, hay tiempo de sobras...
- » 1.º—Que preparen los jarros de flores.
- » 2.º—¿Cuántos?
- » 1.º—Tres cuando menos.
- » 2.º—Me parece se lucirán las floristas.
- » 1.º—¿Que las has visto?
- » 2.º—Sí, por la mañana subían del jardín Manuela y Teodora con canastillos de flores preciosas.
- » 1.º—¿Qué les has dicho tú?
- » 2.º—Apa, chicas, que no habéis dejado para mañana... y Teodora ha respondido con sorna.—Tampoco vosotros os dejaréis apeto para mañana...
- » 1.º—¿Con que ella siempre hiere?
- » 2.º—Siempre ¡qué chica más burlonal ¡Jesús, en todo encuentra pelos...
- » 1.º—Y Manuela, ¿no ha dicho nada?
- » 2.º—Todo quieres saberlo tú, estás muy preguntón.
- » 1.º—Veo que tú te callas...
- » 2.º—Si callo es señal de que no quiero hablar.
- » 1.º—O de que quieres que te pregunten.
- » 2.º—No, no tienes que preguntarme nada.
- » 1.º—Vamos, que Manuela te ha regalado una flor.
- » 2.º—Te equivocas.
- » 1.º—Habrá sido porque estaba Teodora.

CRIADO 2.º—Tal vez sí. ¡Qué bromazo armará Teodora, si lo hubiese visto! Ya saldría a relucir en el convite, y... ¡Pobre Manuela! o tenía que taparse los oídos, o no habría bastantes colores en el arco iris para pintar las mudanzas de su cara.

CRIADO 1.º—Trae los vasos. (Se oye el sonido de vasos).

» 2.º—Mira, Amalia trae los jarros.

» 1.º—¡Qué lindos son! Dí a las floristas que en realidad se lucen.

AMALIA.—(Un niño de voz delgada). Dice Teodora si tendrán bastantes con tres.

CRIADO 1.º—Dile que sí.

» 2.º—Diles también que no faltéis vosotras, que sois flores preciosas.

AMALIA.—Gracias, está V. de guasa.

CRIADO 2.º—Díselo, ¿oyes?

» 1.º—Quiere que lo diga a Manuela, no a Teodora.

AMALIA.—Está bien, adiós.

## ESCENA SEGUNDA

(Se incorpora Luis y dice a Dominguín)

LUIS.—¿Que no duermes, Dominguín; en tanto rato, no sabes conciliar el sueño?

DOMING.—No puedo dormir porque tengo hambre.

LUIS.—¿Has oído que ponen la mesa? Tal vez nos echen algo de bueno.

DOMING.—Sí, algún zoquete de pan seco como los demás días.

LUIS.—No, que hoy el banquete tiene trazas de primera clase.

DOMING.—No para nosotros.

LUIS.—Yo confío que sí.

DOMING.—Yo tengo gana, Luis; dame un poco de pan.

LUIS.—(Mira por el suelo y dice). No hay, hermanito, espera un poco que ya nos darán.

DOMING.—Yo tengo gana (Se pone a llorar).

LUIS.—(Hace incorporar a Dominguito, le abraza, le recuesta en sus brazos y le mece como hacen las madres).

LUIS.—Duerme un poco y cállate que serás guapo.

DOMING.—No tengo sueño.

LUIS.—Ya te cantaré:

Non, non, canta la madre  
al pequeñín  
duerme, duerme, tranquilo  
bello Dominguito;  
Tendrás sueños de rosa  
mi serafín  
Duerme, duerme tranquilo  
bello Dominguito.

LUIS.—Duerme, hermanito, duerme.

DOMING.—No tengo sueño.

LUIS.—¿No oyes que te canto?

DOMING.—Si que lo oigo, canta más. (Luis repite el canto).

DOMING.—No puedo dormir.

LUIS.—¿Porqué, Dominguito?

DOMING.—Porqué tengo gana.

LUIS.—Luego nos darán algo.

DOMING.—(Llorando). ¡Ay mamá! yo quiero comer... (gritando más). Mamá... mamá...

LUIS.—No llames a mamá, por Dios, porqué me harás llorar a mí.

DOMING.—Yo tengo hambre, mamá...

LUIS.—¿Porqué llamas a mamá? ¿No sabes que no tenemos mamá?

DOMING.—¿No está mamá?

LUIS.—No, hermanito, si tuviéramos madre, otro gallo nos cantara.

DOMING.—Yo quiero ir con mamá.

LUIS.—Iremos cuando Dios quiera.

DOMING.—Vayamos ahora.

LUIS.—No podemos, estamos cerrados.

DOMING.—(Llorando). Tengo gana, mamá mía, tengo hambre.

LUIS.—No nombres a mamá, porqué luego lloraremos los dos... ¡Oh madre! el más dulce de los nombres, tú eres más suave que el bálsamo, más consolador que el néctar delicioso; cuando te pronuncio, se conmueven todas las fibras más delicadas del corazón. En tus brazos, madre mía ¿qué serían todas las penas de la vida? Mas sin tí, los goces son dolores, la vida es triste como la muerte.

¡Qué hacemos en el mundo, hermanito mío, si no tenemos madre! Nadie nos ama... Aquí vivimos encerrados día y noche, sin ver jamás la luz del día, echados del mundo, consumiéndonos vivos en la sepultura. ¡Felices los niños que tienen madre, los que, al llamarla en sus penas, son recibidos por ella con cariño, son estrechados entre sus brazos, reciben en su frente ardorosos besos, que son pellizcos del alma, rico tesoro del amor maternal! ¡Qué triste es vivir sin ser amados! ¡sin madre!

(Se echan de nuevo sobre la paja y duermen)

### ESCENA TERCERA

(El banquete.—En la derecha se oye el murmullo de los comensales que entran para ponerse en la mesa).

DAMIÁN.—Hagan el favor de entrar al comedor. (Grandes aplausos).

UNO.—¡Viva D. Damián, D.<sup>a</sup> Ursula y la preciosa niña recién nacida!...

TODOS.—¡Vival!...

DAMIÁN.—Gracias, muchas gracias a todos... V. señora Condesa, se servirá aceptar la presidencia.

CONDESA.—Gracias, no puedo admitir tanto honor, la presidencia pertenece a D. Damián.

DAMIÁN.—Cuando menos me concederá el sentarse a mi derecha.

CONDESA.—Esto no puedo negarlo aunque sea honor innecesario. (Se oyen sillas).

DAMIÁN. — Vayan tomando asiento con entera libertad y procurando los caballeros servir con esmero a las simpáticas damas y señoritas.

TODOS. — Gracias, D. Damián. (Se oye ruido de platos, vasos y los comentarios de la comida).

UNO. — D. Damián, aquí roban las flores del jarro.

DAMIÁN. — ¿Quién es el ladrón?

UNO. — Ricardo.

RICARDO. — Es Manuëla, la florista.

VARIOS. — Son los dos.

DAMIÁN. — Ya pueden tomarlas como gusten, que suyas son.

TODOS. — Gracias D. Damián.

CONDESA. — Una gracia voy a pedir a D. Damián.

DAMIÁN. — Concedida está, pida V. señora Condesa.

CONDESA. — Pido que traigan la recién bautizada, la encantadora Maribel, para darle un beso.

DAMIÁN. — Que venga la nodriza con la niña.

NODRIZA. — Buen provecho, señores.

TODOS. — Gracias.

CONDESA. — (Tomando la niña) ¡Qué rica está Marivell es toda una hermosura, ¡qué robusta y qué guapa!... los ojos son de D. Damián, pero el cabello de oro y la nariz son de D.<sup>a</sup> Ursula... la boca parece no ser ni de uno ni de otro.

CONDESA. — ¡Qué linda está y que vivaracha!

TODOS. — Admirable, se parece a D. Damián.

DAMIÁN. — Gracias por el favor.

TODOS. — Es justicia.

CONDESA. — Que Dios conceda larga vida a la preciosa niña y a sus papás.

DAMIÁN. — Gracias, en compañía de Vds.

(Se levanta uno)

UNO. — Interpretando los vivos deseos de toda la brillante y selecta concurrencia, tengo el honor de brindar a la salud de la flor de los caballeros, de la gloria de la nobleza, de los ilustres próceres que gozan de más simpatías entre los mortales, del honrado y pundonoroso caballero D. Da-

mián, de su distinguida señora D.<sup>a</sup> Ursula y de su preciosísima hija, la incomparable Maribel, mil veces más bella que el despuntar el día, que las flores que esmaltan los jardines en la primavera, más rica y encantadora que el caprichoso trinar de los ruiseñores.

Viva cien años esa niña preciosa y sea fiel continuadora de las glorias de su ilustre familia, sea fragante flor que atraiga a sí las pintadas mariposas y rico tesoro de todos codiciado. Y viva siempre acompañada de sus queridísimos papás, D. Damián y D.<sup>a</sup> Ursula. He dicho. (Grandes y prolongados aplausos).

RICARDO.—Ya que tan generoso y magnánimo es don Damián, una gracia le quisiera pedir en nombre de la gente moza.

DAMIÁN.—Todo se concede hoy, ni es posible denegar algo a tan simpática concurrencia.

TODOS.—Gracias.

RICARDO.—La gracia que pido, o mejor dicho, piden todos es que nos permitan bailar un rato, si no ha de molestar a la señora.

DAMIÁN.—Ya lo creo, si es el mejor número del programa, iremos ahora a tomar el café y luego comenzará el baile.

UNO.—Viva D. Damián.

TODOS.—Viva.

OTROS.—Viva la gracia y la sal, la bondad y la hermosura de D. Damián, de D.<sup>a</sup> Ursula, de su padre, de su madre, de sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos y toda la parentela.

TODOS.—Viva. (Se van).

## ESCENA CUARTA

(Luis se levanta)

LUIS.—(A Dominguito). Duerme, hermanito mío, duermel... pasó el banquete y... ni un recuerdo ha habido para nosotros, ellos se han hartado de nuestros bienes y nos-

otros morimos de hambre, ellos se deleitan inundados de brillante luz, nosotros nos consumimos en la oscuridad, ellos henchidos de gozo pasarán la noche en bailes y jolgorios, nosotros, sumidos en triste soledad y llenos de congoja, la pasaremos llorando.

Mi hermanito llorará de hambre y de añoranza y yo lloraré de lástima que me da mi pobre hermano. (Se despierta Dominguí).

DOMING.—Luis,... ¿dónde estás mi Luis?

LUIS.—Aquí estoy, duerme y calla.

DOMING.—¡Qué cosas más hermosas he soñado! ¡qué lástima de haberme despertado!

LUIS.—(Aparte). Son tan hermosos los sueños, cuando es tan triste la vida. (A Dominguí). ¿Qué has soñado hermanito querido?

DOMING.—¿Qué me se yo? He visto ángeles preciosos y a la Virgen Santísima, blanca, blanca que se interesaba por mí.

LUIS.—¿Ves? Esto a pesar de no haber rezado las tres Ave-Marías, como nos encargó tanto mamá.

DOMING.—¿Y cómo ha sido que no hayamos rezado?

LUIS.—Porque has comenzado a llorar, diciendo que tenías hambre.

DOMING.—Sí, que tengo. ¿No han echado nada del convite?

LUIS.—Todavía no. Primero han de comer los perros, los gatos, las gallinas... después seguiremos nosotros.

DOMING.—¡Ay! que yo me moriré de hambre, ¡ojalá que aún estuviera soñando!

(Echan dos zoquetes de pan por la ventana).

LUIS.—(Aparte). Muy seco está, no es del convite. (A Dominguí) ¿ves? ya nos han traído la comida.

(Recoge el pan y da un mendrugo a Dominguí que se incorpora y prueba de comer.)

DOMING.—(Rompe a llorar diciendo): Es demasiado seco, no lo puedo morder.

LUIS.—No llores, ya te lo romperé yo y aun si quieres te lo mascaré.

DOMING.—¡Qué pobres somos, Luis!

LUIS.—¡Dios sea alabado! ¡Ya seremos ricos en el cielo!

DOMING.—¿Y todavía no quieren soltarnos?

LUIS.—Malas trazas hay por lo visto.

DOMINGUÍN.—(Se acuesta llorando). ¡Ay, mamá! que yo moriré de hambre.

LUIS.—No evoques el recuerdo de mamá porque me harás llorar a mí.

DOMINGUÍN.—Mamá, mamá, yo tengo hambre.

LUIS.—Ya te romperé yo el pan y comerás.

DOMINGUÍN.—Es demasiado seco.

LUIS.—No importa ¿ves cómo yo como?

DOMINGUÍN.—Mamá, mamá...

LUIS.—No nombres a mamá, que me haces enternecer el corazón.

DOMINGUÍN. ¡Ay mamá, mía!

LUIS.—No puedo más; este chico me hace llorar. (Se acuesta y llorando los dos exclaman). ¡Mamá...!

## ESCENA QUINTA

(Entre bastidores. En la derecha se oye mucha algazara y pisadas de los que van entrando... y se arma el baile... El piano toca una polka y la bailan .. al fin se oyen las gracias y los saludos de los bailarines que hacen bulla... Luego tocan una habanera y la bailan .. Al fin se repite la bulla...)

UNO.—Viva el más saleroso de los galanes D. Damián.

TODOS.—Viva...

UNO.—Viva D.<sup>a</sup> Ursula, la más rica flor entre las damas...

TODOS.—Viva.

UNO.—Viva el más fragante pimpollo, la graciosa Marivel...

TODOS.—Viva. (Se marchan, haciendo algazara).

## ESCENA SEXTA

LUIS. — (Levantándose). ¡Cómo se divierten en el casti-  
llo! y nadie se acuerda de nosotros. ¡Cuántas alabanzas  
cosecha mi papá y tan mal como se porta con nosotros...  
Son cosas del mundo... Pero ya le perdonamos a Papá.  
Dí, Dominguí.

(Va Luis a abrazar a Dominguí).

LUIS. — ¿Perdonas a papá?

DOMINGUÍN. — Sí, por Dios le perdono.

LUIS. — Antes no volvamos a descansar, rezaremos las  
tres Ave-Marías a la Virgen Santísima.

DOMINGUÍN. — Sí.

LUIS. — ¿Recuerdas que mamá nos decía: No pase una  
noche de vuestra vida que no recéis las tres Ave Marías a  
la Virgen, que es la Madre que tenemos en el cielo; en  
todas vuestras necesidades, acudid a Ella? (Se arrodillan  
los dos, unen las manos para orar). Gloriosa Virgen  
María, Madre que estás en los cielos, venid en nuestra  
ayuda, mamá nos encargó que todos los días acudiésemos  
a Vos; a vuestras plantas acudimos para que nos prestéis  
vuestros consuelos celestiales. Yo no os ruego tanto por  
mí, porque estoy dispuesto a sufrirlo todo, como por mi  
hermanito, que siempre está llorando, el hambre nos aco-  
sa; no nos dan sino pan duro.

Ayudadnos, que confiados acudimos a Vos.

Dios te salve...

DOMINGUÍN. — Santa María...

LUIS. — Dios te Salve...

DOMINGUÍN. — Santa María...

LUIS. — Dios te salve...

DOMINGUÍN. — Santa María...

LUIS. — Gloria...

DOMINGUÍN. — Sicut erat...

LUIS. — Duerme ahora, Dominguí, y sueña el cielo  
donde algún día iremos. (Se acuestan).

Se dá la luz y se incorpora de repente Luis y dice:

¡Cuánta luz, Dominguí! ¡Qué extrañezal  
DOMINGUÍN.—Ciega los ojos. (Restréganse los ojos).

(Aparece la Virgen Blanca con las manos juntas. En pos de Ella vienen dos angelitos, el uno trae debajo del brazo, do modo que no se vea, un pequeño almirez de metal, el otro trae en un papel algunos dulces)...

LUIS.—Mira la Virgen, Dominguí.

DOMINGUÍN.—(Contento). ¡Ai, sí! ¡Oh qué preciosa! .

LA VIRGEN.—Vengo en vuestro auxilio, ¡buenos niños.

LUIS.—¡Qué felicidad! Ya no estamos solos!

LA VIRGEN.—¿Amas a Dios, Dominguí?

DOMINGUÍN.—Sí, de todo corazón.

LA VIRGEN.—Y tú, Luis, ¿le amas mucho a Dios?

LUIS.—Con todas mis fuerzas.

—LA VIRGEN.—Pues El también os ama. ¿Ya habéis cenado?

DOMINGUÍN.—No, Señora, no nos dan sino pan duro.

LA VIRGEN.—¡Pobrecitos! (A los angeles). Angelitos, preparadles la comida.

(El ángel saca el almirez y machaca... Al verle Dominguí extiende las manos, queriendo el almirez, el ángel se lo entrega y salta de gozo tañendo el almirez... el ángel recoge el pan del suelo.)

Los ángeles hacen sentar los niños en la paja, ponen un poco de pan en el almirez y Dominguí lo machaca. Luego el otro ángel los peina y les pone brillantina en el cabello; cuando está machacado el pan, el ángel saca el papel de las especies y tira los dulces al almirez, los niños se los comen alegremente.

LUIS.—Esto sí, que no es pan duro.

DOMING.—¡Qué buena y dulce es esta comida!

LUIS.—¡Con tan buenos cocineros!

DOMING.—¿Si gustan Vdes.?

LA VIRGEN.—Gracias, Dominguí, es para vosotros.

LUIS.—(A Dominguí). Ahora no tendrás hambre.

DOMING.—No por cierto.

LUIS.—(A la Virgen). ¿Nos queréis regalar el almirez para machacar el pan seco?

LA VIRGEN.—Sí, hermosos niños; para vosotros es.

LUIS Y DOMINGUÍN.—Gracias, Virgen Santísima.

LA VIRGEN.—Sed siempre buenos y amad a Dios, El jamás os abandonará.

DOMING.—Ahora sí que me viene el sueño dulce.

LUIS.—Gracias a Dios. ¡Cuánto tiempo que no dormías!

(Los ángeles le recuestan y Dominguíñ duerme abrazado al almirez. Luego viene sueño a Luis y también se acuesta. Dormidos que están, la Virgen se va despacio con los ángeles por la izquierda. Se apaga la luz. Luego se despiertan los niños).

DOMING.—Ya han marchado la Virgen y los ángeles.

LUIS.—¡Qué lástima, Dominguíñ, estábamos en el cielo!

DOMING.—Ahora no tengo hambre, ni frío, ni tristeza.

LUIS.—Yo tampoco, estoy plenamente satisfecho.

DOMING.—Nos ha dejado el almirez. Yo le tenía bien asido para que no lo tomasen.

LUIS.—Cuando sea demasiado seco el pan, lo machacaremos.

DOMING.—Yo lo machacaré. (Empieza a machacar y salta al son del almirez).

LUIS.—¡Qué dicha es la mía! Es la primera vez en el transcurso de un año que está contento mi hermanito, gracias, Virgen Santa... ¡Oh qué bueno es Dios!

(Se pone a saltar detrás de Dominguíñ y cae el telón).

### ACTO III

(Sala rica, luz roja)

#### ESCENA PRIMERA

(Aparece Luzbel)

LUZBEL.—Venci, este castillo es mío... Todo se muda sino mis penas; estas ricas moradas, donde no podía fijar mi planta en tiempos de D.<sup>a</sup> Inés, he llegado a dominarlas por completo en tiempos de mi querida D.<sup>a</sup> Ursula. Comencé por encender los celos en su corazón. Mira —le decía— estos dos niños te destronarán; como gustan a todos por

sus bellas cualidades, siempre se hablará de D.<sup>a</sup> Inés, y D.<sup>a</sup> Ursula quedará para siempre arrinconada... Si les tratas mal, todos te llamarán mala madrastra; si les tratas bien, ofuscarán tu gloria.

Yo conocí que mis consejos iban tomando vuelo en su corazón, que el odio y los celos prendían en su pecho y pensé: El triunfo es mío.

Volví a la carga un día y otro día y cuando vi que ella estaba dispuesta a sacarlos de delante porque le hacían estorbo, le aconsejé encerrarlos en un aposento oscuro e insano, donde se fueran consumiendo poco a poco hasta morir de hambre sin tener ella la menor culpa de su muerte. Este plan le gustó y al momento lo puso en práctica a satisfacción mía. De tal modo han abandonado a aquellos dos niños, que tanto ella como D. Damián les tienen olvidados por completo. Buen cuidado he tenido yo de introducir diversiones atractivas en el castillo para que nadie echase de menos a aquellos dos niños que son mis enemigos. Yo no puedo entrar en su celda porque sirven muy bien al de arriba, pero si algún día logro la entrada les ahogo entre mis brazos para que no se hable más de ellos. ¡Rabia me dan! Todo el castillo es mío, sino aquella maldita y asquerosa mansión.

(El diablillo Zampamoscas llama desde los bastidores de la izquierda).

ZAMPA. — Luzbel.

LUZBEL. — Entra, Zampamoscas.

ZAMPA. — Vengo de tentar a los niños.

LUZBEL. — Y ¿qué? ¿Has triunfado?

ZAMPA. — No.

LUZBEL. — Pues. ¿A qué has venido, maldito? ¿No sabes que las derrotas no se me anuncian a mí?

ZAMPA. — Les he tentado por todos lados, les he propuesto mil planes, les he ofrecido la libertad, delicados manjares, toda suerte de placeres...

LUZBEL. — Y bien, ¿qué?

ZAMPA. — Siempre me responden saltando al son de un almirez.

LUZBEL.—¡Cómo almirez! ¿De dónde lo habrán sacado? Yo sé que no tenían nada. ¿Si habrá algún otro traidor en el castillo?... Pero, de todos modos ¿un almirez te espanta, cobarde?... Vuelve allí y si no hay otro remedio, derriba la habitación, la torre toda, conviene rendir a esos dos niños o aniquilarlos.

ZAMPA.—Si se puede.

LUZBEL.—Vete de mi presencia, demonio cobarde, y no vuelvas hasta que me anuncies la victoria.

(Se va Zampamoscas).

LUZBEL.—¡Ah, pobre diablillo! ya sudarás, ya; cuando yo no les he podido rendir, tampoco lo harás tú. pero rabia allí y trabaja.

No hay remedio; tengo decretada la aniquilación de esos malditos niños, y sea como fuere, ¡han de perecer!... lo demás todo es mío.

¿Qué no quieren acceder a nuestros halagos, que se burlan de nuestras promesas, que se apartan de los lazos que les tendemos?... Hundirlos en los escombros de la torre y no pensar más en ellos.

Allá voy, a la lucha hasta gastar el último cartucho.

(Se va por la izquierda).

### ESCENA TERCERA

(Entra D. Damián por la derecha, como desesperado, sin sombrero, con los cabellos de punta, paseando como un loco).  
(Sigue la luz roja).

D. DAMIÁN.—Yo no sé que está pasando en este castillo... Yo no sé si el infierno habrá desatado sus furias, que habrán venido a cebarse aquí, o si el cielo nos habrá echado su maldición, o si será todo junto, el caso es que jamás había pasado lo que acontece ahora... Parece como si el castillo temblara en sus cimientos y estuviera próximo a desaparecer; por todas partes se oyen ruidos extraños, aparecen visiones tétricas y espeluznantes, y todos andamos como impelidos por furias infernales, sin darnos

cuenta de lo que pasa, sin saber a donde conduce tan extraño frenesí...

¡Oh castillo mío! ¡En qué han venido a parar tu gloria y tu poderío! Tú que eras la mansión del placer y de la vida, tú que eras el punto de reunión de la juventud y de la hermosura, de repente te has trocado en madriguera de fieras o de diablos que bailan sueltos por tus ricos salones.

Pareces la guarida de los males y de la muerte. Te semejas a un rabioso moribundo que en el estertor de la muerte diese ya las últimas boqueadas. Si pesará la maldición de Dios sobre este rico alcázar, si habrá decretado el cielo el Delenda est Cartago, o si el infierno querrá abrirse un cráter por este desgraciado castillo. No lo sé, pero sí, que algo extraordinario pasa y de mal agüero... Rendido estoy, voy a ver si puedo descansar un momento.

(Se sienta en una silla cerca de la mesa, apoyando la cabeza sobre sus manos.)

### ESCENA TERCERA

(Entra Luzbel de puntillas y va a decir algo al oído de Damián).

DAMIÁN.—(Responde sin levantar la cabeza).—No

(Luzbel vuelve al oído)

DAMIÁN.—No.

(Luzbel vuelve)

DAMIÁN.—No puede ser.

(Luzbel vuelve)

DAMIÁN.—No es verdad.

(Luzbel vuelve)

DAMIÁN.—Embustero.

(Luzbel vuelve)

DAMIÁN.—No y no.

(Luzbel vuelve)

DAMIÁN.—¡Morir! ¿qué me importa la vida?

(Luzbel vuelve)

DAMIÁN.—¡Triste de mí!

(Despierta azaroso. Luzbel se va)

DAMIÁN.— ¡Qué terrible pesadilla!... Está visto, es imposible conciliar el sueño en esta mansión de horrores... Basta cerrar los ojos para que se presenten a mi imaginación feos pajarracos que me torturan y me acusan de terribles crímenes que apenas conozco... Hasta dudo si estoy en la mansión de los vivos, o si ya habito en las cárceles del infierno...

A ver si me responde mi criado fiel: (Llama: Roberto, Roberto... Si estará furioso también... (Se levanta y va a la puerta de la derecha. Al llegar allí, retrocede asustado y entra Luzbel... Discurre un poco Damián y se escapa por la puerta de la izquierda; al llegar, retrocede más espantado y entra por aquella puerta el diablo Zampamoscas).

DAMIÁN.— Estoy en el infierno. (Se sienta como antes en la mesa y se tapa la cara con las manos).

LUZBEL.— No estés todavía, pero mereces estar.

DAMIÁN.— Pero... si yo llamaba a Roberto, no llamaba a Vds. y siento se hayan molestado en venir.

LUZBEL.— ¡Criminal! tus acciones no merecen perdón.

DAMIÁN.— Pero si yo no hago nada.

ZAMPA.— ¿Que cargo con él y lo arrojé al abismo?

LUZBEL.— No que ha de rabiarse más y sufrir nuevas torturas.

DAMIÁN.— Todavía más...

LUZBEL.— Mucho más.

DAMIÁN.— ¡Triste de mí!

LUZBEL.— Responde, mal padre. ¿Dónde están tus hijos?

DAMIÁN.— Mi hija está en la cuna.

LUZBEL.— No lo sabes de cierto, embustero.

DAMIÁN.— Si lo sabes más que yo, ¿porqué me lo preguntas?

LUZBEL.— Cállate, precito, y escucha... Y tus hijos Luis y Domingúin ¿dónde están?

(Damián calla).

LUZBEL.— ¿Que estás sordo?... responde.

DAMIÁN. — Me ha dicho que callase.

LUZBEL. — Te conviene el callar ahora... habla, pues.  
¿Dónde están tus hijos?

DAMIÁN. — No lo sé.

LUZBEL. — ¿Así cumples el cargo de padre?

ZAMBA. — ¿Que lo cargo y lo echo al infierno?

LUZBEL. — No, el infierno es poco para él

DAMIÁN. — Yo si que estoy fresco.

LUZBEL. — Busca a tus hijos y verás si eres un criminal que no mereces perdón.

(Se ve una llamarada y se escapan los demonios).

## ESCENA CUARTA

(Damián abre los ojos y mira si están los diablos, viendo que está solo, dice:)

DAMIÁN. — ¡Desgraciado de mí! Me he salvado de una y mala... pero realmente tiene razón el diablo (y esta es otra extrañeza que el diablo tenga razón.)

Yo me he olvidado de mis hijos hasta no saber si existen o no! ¡En verdad soy un criminal!... Entregado del todo a bailes y convites, he abandonado mis obligaciones y ahora es tarde ya para el arrepentimiento; no me queda otro camino que la desesperación.

¡Maldito de mí! Esto no es vivir... A ver si me oye ese mostrenco (llama:) Roberto, Roberto...

(Entra éste temblando de miedo. Al entrar hace una reverencia profunda y dice:)

ROBERTO. — Señor...

DAMIÁN. — ¿Que estabas sordo, melón?

ROBERTO. — (Repite siempre la reverencia.) Señor...

DAMIÁN. — ¿Estas son horas de venir?

ROBERTO. — Señor...

DAMIÁN. — Hace tres horas que te llamo.

ROBERTO. — Señor...

DAMIÁN. — ¿Dónde estabas? Es el primer día que descuidas el servicio de tu señor.

ROBERTO.—Señor. .

DAMIÁN.—Ve a llamar a D.<sup>a</sup> Ursula y que venga al momento.

ROBERTO.—Señor... (Marcha éste, al pasar la puerta, Damián le llama fuerte.)

DAMIÁN.—Roberto. (Entra Roberto y dice:)

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Llama también a la nodriza.

ROBERTO.—Señor. . (Marcha y le llama al momento.)

DAMIÁN.—Roberto.

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Que traigan al momento la niña.

ROBERTO.—Señor... (Marcha.)

DAMIÁN.—Roberto.

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Llama a los criados que vengan también.

ROBERTO.—Señor... (Marcha.)

DAMIÁN.—Roberto.

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Que venga el bufón, el Jefe de Guardia con soldados armados.

ROBERTO.—Señor... (Marcha).

DAMIÁN.—Roberto.

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Ve a cerrar las puertas del castillo, las ventanas, todo y vuelve al momento, ¿oyes?

ROBERTO.—Señor... (Marcha.)

DAMIÁN.—A ver si cerrado todo, podrán entrar de nuevo esos malditos diablos para tragármeme vivo, como merecen mis crímenes.

Desgraciado de mí, ahora pienso en aquellos dos hijos, los más buenos y hermosos que podían presentarse... que eran las niñas de mis ojos, las perlas del castillo, el encanto de todos los nobles que frecuentaban mi alcázar!... ¿Puede haber mayor locura que la de un padre (vergüenza tengo de llamarme tal), de un padre, que ha llegado a olvidarse por completo de sus hijos, sin saber su paradero, sin preguntar jamás por ellos... ¡Oh! soy mil veces peor que las fieras, realmente mi culpa no merece perdón.

## ESCENA QUINTA

(Entra Roberto con sus reverencias.)

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Has cumplido todos mis encargos?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Cómo es que no viene D.<sup>a</sup> Ursula?

ROBERTO.—Señor, no está.

DAMIÁN.—¿Qué dices, zopenco?

ROBERTO.—Señor, no la he encontrado.

DAMIÁN.—¿Y la nodriza?

ROBERTO.—Señor, no está.

DAMIÁN.—¿Y mi hija?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Y los criados?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Y el Jefe de la Guardia?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Y los soldados?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Pues dónde están, cabeza de alcornoque?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Qué misterio es éste? ¿Dónde han ido, zopete, dí?

ROBERTO.—Señor, no he podido andar de miedo.

DAMIÁN.—¿Tú, tener miedo?... Yo que confiaba en tu valor para salir de estos apuros, estoy fresco.

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Vete de mi presencia, no sirves para nada.

ROBERTO.—Señor... (Se marcha).

DAMIÁN.—Roberto.

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—¿Dónde vas?

ROBERTO.—Señor, no sé.

DAMIÁN.—¿Recuerdas mis hijos? (Esta palabra parece un sarcasmo en la boca de un padre tan infiel.) ¿Recuerdas mis dos hijos Luis y Dominguín?

ROBERTO.—Señor, sí que los recuerdo y he pensado mucho en ellos.

DAMIÁN.—Pues, ¿por qué no me hablaste nunca de mis hijos?

ROBERTO.—Señor, no me atreví.

DAMIÁN.—¿Sabes dónde están o que se hizo de ellos?

ROBERTO.—Señor, nada sé.

DAMIÁN.—Pues se han de encontrar vivos o muertos, ¿entiendes?

ROBERTO.—Señor...

DAMIÁN.—Y ¡ay! del qué les haya causado el menor daño. Vamos juntos a preguntarlo.

ROBERTO.—Señor... (Salen por la derecha.)

## ESCENA SEXTA

(El bufón llama por la puerta de la izquierda)

BUFÓN.—D. Damián.

(El Jefe de la Guardia llama por la derecha).

JEFE.—D. Damián.

(Entra al bufón y dice:)

BUFÓN.—No está, si habrá desaparecido del mapa.

(Entra el Jefe).

JEFE.—¿Por qué no respondes?

BUFÓN.—Porque no preguntas.

JEFE.—¿No oías que llamaba?

BUFÓN.—Sí.

JEFE.—Pues.

BUFÓN.—¿Por ventura me llamaba D. Damián?

JEFE.—¿Dónde estará que no se le encuentra en parte alguna?

BUFÓN.—Se habrá escondido o quizá se lo habrá tragado enterito alguno de estos fantasmas que registran el castillo.

JEFE.—No bromees, bufón, que no es tiempo de bromas.

BUFÓN.—Nada, que esto se va.

JEFE.—Y tal vez antes de lo que pensamos.

BUFÓN.—¿Has visto tú negros fantasmas cruzar los pasillos, colarse por las puertas cerradas, dando unos sustos de padre y señor mío?

JEFE.—No he visto nada, pero algo ha de acontecer, cuando no encuentro un alma en todo el castillo.

BUFÓN.—D.<sup>a</sup> Ursula está agonizando de miedo y de estupor; se le han aparecido unos fantasmas negros y horribles, haciendo extrañas muecas, unos así, (hace la mueca) otros levantando las zarpas (lo hace) para cogerla y dice que había motivo para morir de espanto: la niña Maribel seguramente habrá muerto ya, la nodriza ha escapado de miedo.

JEFE.—No lo creo, si no fueras el bufón, me pondrías miedo, pero tú jamás has dicho la verdad, siempre estás dispuesto a chancearte con todos.

BUFÓN.—¡Para chanzas estamos! si parece que no habrá más jolgorio, ni convites, ni bailes en el castillo. En vez de chicas guapas, de señoritas y floristas nos vienen fantasmas que hacen así (simula un fantasma con ojos de fuego, dientes de a palmo, orejas de burro y colas de diablo).

JEFE.—Tú no puedes dejar de ser bufón.

BUFÓN.—Ni tú el jefe de la guardia.

JEFE.—Vamos a ver si encontramos a D. Damián, aunque no sé a dónde buscarlo.

BUFÓN.—¿Has ido a la cocina?

JEFE.—Vuelve a la chanza.

BUFÓN.—Ha dicho que iba por agua para darse una lavativa por el retortijón de tripas que siente.

JEFE.—Será por el miedo, ¿verdad?

BUFÓN.—Sí, y si quieres tú otra, iré por la máquina.

JEFE.—Tú sal por el fondo, yo voy por la derecha, a ver si tropezamos con D. Damián.

BUFÓN.—O con otro fantasma. (Se van).

## ESCENA SEPTIMA

Al llegar a la puerta, aparece Luzbel por el fondo y grita:

LUZBEL.— ¡Fuera de aquí!

(El Jefe y el Bufón retroceden y huyen por la puerta de la izquierda. al salir tropiezan y cae el Bufón, que se levanta y desaparece).

LUZBEL.— Ha llegado el fin para este castillo. Los crímenes que en él se cometen han llenado la medida y he decretado su destrucción completa. (Llamando) ¡Zampamoscas!. (Entra Zampamoscas dando un brinco).

ZAMPA.— A sus órdenes, poderoso Luzbel.

LUZBEL.— Llama a los fantasmas para darles órdenes. (Les llama a carcajadas).

ZAMPA.— A ja ja ja... ja ja ja.

(Van entrando de todas partes chicos envueltos en trapos negros y con la cara ahumada, haciendo muecas de fantasma y saltando como las ranas, sin estar nunca quietos, hasta que Luzbel da un grito ronco y dice:)

LUZEL.— ¡Atención! (Todos se paran).

(Cantando).

LUZBEL.— Guerra, guerra destructora.

FANTAS.— Na...

LUZBEL.— Hoy proclama satanás.

que a mi fuerza aterradora

nadie la venció jamás.

Oh fantasmas infernales,

FANTAS.— ¿Qué manda usted?

LUZBEL.— El castillo se ha de hundir.

FANTAS.— Sí, sí a cumplir.

LUZBEL.— Y todos sus moradores.

al infierno han de venir.

FANTAS.— Ta... ta... ta... Victoria cantemos en hinmos de honor

que ya nuestra astucia al fin triunfó.

LUZBEL.— Así como hasta ahora habéis cumplido con

perfección vuestro cometido, así espero lo cumpliréis en lo sucesivo.

(Todos se inclinan y dan alaridos)

LUZBEL.—Precisa echar a pique en un momento todo este castillo sin que quede con vida uno tan sólo de sus moradores.

(Todos saludan y renuedan los gritos de animales)

LUZBEL.—Tú, Zampamoscas, distribuye los fantasmas por las murallas para que no escape nadie... A realizar al momento mis órdenes.

(Todos saludan, ladran y saltan). Zampamoscas coge a uno y se lo lleva por la derecha. Vuelve y se lleva a otro por el fondo... Así se los va llevando a todos... Vuelve Zampamoscas y dice:)

ZAMPA.—Ya están todos colocados.

LUZBEL.—Vete tú a la torre y cuando yo diga ¡Fuego! lo destruis todo de repente.

(Se va Zampamoscas)

LUZBEL.—(Con grito ronco). ¡Fuego!

(Se oye un grande y prolongado estruendo de paredes que caen y se ven algunas llamaradas... Vuelven, dando alaridos y saltos los fantasmas y Zampamoscas).

ZAMPA.—Ya se cumplieron vuestras órdenes, poderoso Luzbel, pero la torre, no la hemos podido derribar.

LUZBEL.—Sois unos cobardes y unos zopencos... De todos modos hemos triunfado, la victoria es nuestra, os concedo ahora un rato de asueto.

(Vuelven todos a saltar, a ladrar .. Zampam... ríe a carcajadas, Luzbel se sienta satisfecho en la mesa.)

## ESCENA OCTAVA Y ULTIMA

Aparecen por el fondo los niños Luis y Dominguín con don Damián detrás de ellos, se da toda la luz blanca y huyen corriendo los diablos y fantasmas por las puertas laterales).

LUIS.—Gracias a Dios, pisamos otra vez los salones del castillo.

DOMING.—¡Qué bonito es! ya no lo recordaba.

DAMIÁN.—¡Hijos míos!, aunque vergüenza tengo de llamaros hijos!... Hijos de mi corazón. ¿De veras perdonáis a vuestro padre que tan mal se ha portado con vosotros?

LUIS Y DOMING.—Sí, papá, queda V. perdonado.

DAMIÁN.—Además de este perdón que es el principal beneficio que de vosotros acabo de recibir, me ha concedido Dios, seguramente por vuestra consideración, otro beneficio que jamás podré agradecer bastante y es, el salvarme la vida. Con seguridad hubiese perecido con los demás en el hundimiento del castillo, si no hubiese estado con vosotros en aquel triste aposento de la torre. ¡Bendito sea Dios!

LUIS Y DOMING.—¡Bendito sea eternamente!

DAMIÁN.—Decidme lo que habéis padecido, hijos de mi alma, en tanto tiempo como yo os había abandonado.

LUIS.—No se puede explicar, papá... En todo este tiempo no hemos visto más la luz del día, ni hemos comido otra cosa que algunos mendrugos de pan seco, que alguien nos echaba por la ventana, sino un día que se nos apareció la Virgen Santísima. Los ángeles nos compusieron una cena tan rica que desde entonces jamás hemos padecido hambre, ni tristeza alguna.

DAMIÁN.—¡Oh Virgen Inmaculada! Ahora recuerdo que desde que vosotros faltábais, jamás se ha abierto su capilla... ¡Qué ingrato he sido...! y ¡cuánto habréis llorado, hijos míos!

LUIS.—Es incalculable... Sobre todo los ojos de Dominuguín eran unas fuentes de lágrimas.

DAMIÁN.—Gracias a Dios que habéis acabado de llorar; estais ya tomando posesión de lo que resta del Castillo, todo es vuestro; yo no quiero que me llameis *padre*; porque no soy digno de tener unos hijos tan buenos, llamadme criado y contento estaré sirviéndoos con toda fidelidad.

LUIS.—No, querido papá, nosotros seremos sus servi-

dores y le respetaremos siempre como atañe a los hijos sumisos.

DAMIAN.—El cielo nos bendiga, hijos de mi alma, (Luis y Dominguín corren a abrazar a su papá) y dicen:

LUIS y DOMINGUÍN.—Le amamos de todo corazón, querido papá.

DAMIAN.—Todo lo debo a la Inmaculada.

## FIN

NOTA.—Podría terminarse con una apoteosis, en que apareciera la Inmaculada, rodeada de ángeles, de los niños Luis y Dominguín, su padre y los criados.

DE UN SACERDOTE ESCLAVO DE MARÍA

# El Cortejo de la Reina Castellana

(Romance descriptivo del Rosario de los Faroles)

POR

FR. CEFERINO SOLÍS FERNÁNDEZ, O. S. A.

LEMA: «Covadonga».

Tarde que duerme sus horas;  
sol que al morir se desangra;  
parameras de Castilla  
de mudas lenguas que se hablan.  
Campos... llanuras... oteros,  
oteros, llanuras blancas,  
rastrosos secos, sin vida  
que brotó de sus entrañas.

—  
Siguen rodando las horas...  
Ya no tiñe el horizonte la escarlata.  
Silencio. Paz. Ascetismo  
de Castilla rezando su plegaria.  
Y la tarde adormecida se espereza  
con el canto de los bronces: alborada  
de la tarde que despierta  
con los velos de una noche en luna clara;  
como virgen pudorosa,  
recatada.

## INVITACIÓN

Campanas de San Lorenzo  
reclamos de otras campanas,  
gorgeos de campanarios  
campanarios que reclaman.  
Pueblo fiel del Rey divino,  
ciudad vallisoletana  
abre el libro de tus rezos,  
témpla el aire del salterio, del salterio de tu alma.  
Es la Reina de tus glorias;  
abre el pecho a la esperanza.

## PRELUDIOS

Campanas de San Lorenzo  
reclamos de otras campanas,  
clarines del alto mando  
de la Reina castellana.  
Una Cruz. Un estandarte.  
Un inmenso mar de gentes que ora y calla.  
que custodia el paso regio de su Virgen  
cual macizos de graníticas montañas.  
Oprimidos por las olas de las gentes,  
piedrecita en la muralla,  
yo contemplo aquel milagro de fe pura  
de fe recia castellana,  
conmovido el corazón, porque es mi Reina  
la que pasa...  
Y la miro enternecido con mis ojos  
y le hablo desde el fondo de mi alma.  
Una Cruz. Un estandarte.  
Un murmullo de marea alborozada:  
el murmullo religioso de mil labios  
de los rezos de mil almas.

## CANTO A LOS FAROLES

Misterios recogidos, monacales,  
 por el fondo de la calle amurallada  
 van llorando su luz muerta, los faroles  
 los faroles de Santa Ana.  
 Son dos líneas sinuosas  
 largas, largas...

Son mil luces, mil estrellas  
 mil luciérnagas simbólicas, fantásticas.

¡Ay! Faroles misteriosos  
 cómo habláis en el profundo de mi alma!  
 Sois el vuelo de mis sueños,  
 de mis cantos, de mis ansias,  
 sol que vierte sus fulgores en mi dicha,  
 miel que endulza el amargor de mi desgracia.  
 Al mirar el parpadeo titilante  
 que se enciende, que se apaga,  
 creo oír el palpitar de corazones  
 que se abaten, que fluctúan, que batallan,  
 que se anegan en las turbias olas negras  
 de este mundo, furibunda marejada.  
 Pero al veros resurgir después de muertas,  
 pienso lleno de consuelo:  
 también llega a iluminar sombras la gracia,  
 también vuelve a resurgir la fe perdida  
 cuando llora el pecador y se levanta.

Lucecitas de faroles  
 lucecitas, velas blancas  
 lucecitas prisioneras  
 que en un cofre de cristal vais encerradas;  
 sois imagen del espíritu en mi cuerpo  
 que es el cofre, que es la cárcel de mi alma.

## MISTERIOS DEL SMO. ROSARIO

Campanas de San Lorenzo  
 reclamos de otras campanas...

. . . . .

Los misterios de alegría.  
Los idilios de la infancia.

. . . . .  
Las dos líneas sinuosas  
largas, largas...

Los faroles que proyectan en las sombras  
otras sombras menos pálidas.

Un murmullo entre las gentes:  
«La Oración del Huerto». Amarga  
noche aquella en que sudaste,  
oh Dios mío, sangre santa,  
con penumbras de olivares  
con las penas que te herían, tales, tantas.

Más faroles.  
pregonando más desgracias;  
los flagelos, las espinas,  
las traiciones, ¡turba ingrata!  
Con la cruz sobre sus hombros  
va Jesús subiendo triste las escarpas.  
Ya llegó. Quinto misterio.  
«Jesús muere». No es murmullo, ya son lágrimas.

. . . . .  
Y aquel mágico desfile  
del cortejo de la Reina Castellana.  
va tejiendo con luceros  
Aves, Glorias, ricas sartas  
el rosario de la Virgen;  
rosas frescas, un manojo de guirnaldas.

### LETANIA DE NUESTRA SEÑORA

Kirie eleyson. Kriste eleyson:  
Letanía lauretana.

Cada luz va iluminando sus cristales  
y el cristal va reflejando su proclama.  
Son los versos del poema,  
son las notas de los cantos de las almas.  
Un cristal: «Sancta María».

Otra luz: «Mater amata.  
«Virgo Potens. Virgo clemens.  
«Estrella de la mañana.  
«Consuelo del afligido.  
«Virgen Reina soberana  
«Reina de cielos y tierra  
«pura, nacida sin mancha.  
«Regina in coelum assumpta  
«Dios te salve, Reina y Madre idolatrada».

Campanas de San Lorenzo  
reclamos de otras campanas,  
gorgeos de campanarios  
campanarios que reclaman.

...¡Ay! faroles misteriosos  
cómo hablásteis en el fondo de mi alma,  
cuántas cosas me dijeron vuestras luces  
que lloraban en la noche su luz pálida,  
al formar entre las sombras de la noche

EL CORTEJO DE LA REINA CASTELLANA.



DE LA DELEGACIÓN NACIONAL DE AUXILIO SOCIAL

A LA VIRGEN DE SAN LORENZO,  
PATRONA DE AUXILIO SOCIAL

POR

D. MARIANO PÁEZ CASADO

LEMA: Y, cual neófito vino...

I

Noche cautiva de nubes,  
sin armonía de estrellas,  
encendidas en azules  
llamas, de nostalgias bellas...  
Noche del alma, ululante,  
cual lobo tras el redil,  
noche trágica, sangrante,  
negra, cual fiero cubil...  
Toda España era una noche  
en que buhos agoreros  
graznaban en un derroche  
de sofismas... Los voceros  
de la justicia y la paz,  
que se llamaban hermanos,  
prometían, cual villanos,  
sin Dios, hacer caridad...  
¡Justicia, paz, libertad

son hijas de la fe santa!...  
Miente quien pregonar amor,  
quien, con gárrula garganta,  
se erige a sí, en redentor  
sobre un pedestal ateo,  
labrado en odio y venganza;  
sus palabras le hacen reo,  
al fenecer la esperanza  
del que esperó vanamente...  
Así al obrero de España,  
halagó, como serpiente,  
la comunista patraña.  
Y el pobre y el desvalido,  
presa de miseria y hambre,  
elevó a Dios su gemido  
Y Dios miró su cochambre...  
Y España ya redimida  
de la noche aterradora,  
del humilde a la guarida  
llevó luz de nueva aurora...

## II

La Virgen miró al tugurio  
con dulzura maternal,  
Y se acordó del Portal  
De Belén... Era el augurio  
de la paz y estrella hitual,  
le trajo la fe perdida  
y el amor y la esperanza  
de una nueva amanecida  
sobre un cielo de bonanza...  
Y todos fuimos hermanos  
rezando en el mismo altar  
único, de los cristianos  
que formamos un Hogar,  
donde el triste pordiosero  
lo mismo que el millonario,

el humilde jornalero,  
del brazo de su empresario,  
a un mismo Dios llaman, Padre,  
Pidiendo el pan material  
y el del alma; y una Madre,  
en la Virgen celestial.  
Tiene el huérfano y el pobre  
a quien Ella llama y alienta,  
tornando en paz la tormenta  
de su vida, mar salobre  
en que naufragó su fe,  
ante la injusticia humana...  
Mas, Ella, la Virgen fué,  
de su bajel Capitana,  
y llamó Auxilio Social  
a esta Nave de su amor,  
en cuyo palo mayor,  
con blanca luz cenital,  
luce la estrella divina  
de la caridad cristiana;  
¡estrella que no declina  
ante la injusticia humana!  
¡Avante, avante NAVIO,  
proa al mar, que el rumbo es cierto,  
y aunque el periplo es bravío,  
has de arribar a buen puerto!...  
Auxilio Social, venero  
de justicia y caridad,  
trayectoria y derrotero  
de la codiciada paz,  
celestes forja y crisol,  
en que, el hierro del olvido  
y el odio viejo español  
por el tiempo enmohecido,  
a fuego lento de sol,  
en amor, queda fundido...  
Amor limpio, amor de cielo,  
como el agua cristalina,

porque, aunque es obra del suelo,  
tiene una Madre divina  
que llora con el que llora  
y canta con el que canta,  
y es de este Aprisco Pastora  
que con sus silbos espanta  
al lobo, que a sus corderos  
tiende la garra traidora  
con instintos carniceros...  
Ella vió, cua! río turbio  
arrastrando podre y vicio,  
al borde del precipicio,  
desesperado, al suburbio  
desnudo, hambriento, ululante;  
Y encendió una luz divina,  
como estrella coruscante,  
que cautivó su retina  
y transformó su camino  
envuelto en oscuridad,  
en un sendero divino  
de celestial claridad...  
Y cual neófito vino,  
el suburbio a la fe santa.  
¡Y su fe ha sido tanta  
como fué su desatinol...  
Auxilio Social, inmenso  
campo para sementeras  
de Patria, paz y justicia,  
Levanta bien tus banderas  
con fe ciega y pulso tenso  
de evangélica milicia...  
Mira, en el suburbio, España,  
a Cristo pobre y desnudo;  
sus viejas llagas restaña  
y ponle sobre el escudo  
de tu cristiano linaje...  
Es Cristo, Cristo, el obrero,  
y a El, rindes homenaje

al rendirlo al pordiosero...  
¡Oh Virgen de San Lorenzo,  
de Auxilio Social Patronal,  
Las plegarias indigentes  
de los mendigos del mundo  
forman tu mejor corona.  
Te llaman Madre, fervientes,  
desde el abismo profundo  
de su dolor solitario;  
haz que transforme tu amor,  
en jubiloso Tabor,  
De los pobres el calvario...



# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Número 1.—Acta del Certamen . . . . .	3
» 2.—Discurso de clausura del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Aurelio del Pino Gómez, Obispo de Lérida . . . . .	9
» 3.—Discurso del Mantenedor, R. P. Fr. Tomás Domínguez, mercedario . . . . .	15
» 4.—Memoria del Secretario General de la Academia D. Manuel Portugués Hernando . . . . .	29
» 5.—Nuestra Señora de la Eucaristía, por D. Manuel Mena Sanz . . . . .	39
» 6.—Alma de Valladolid, por el Rdo. P. Máximo González García, C. M. F. . . . .	51
» 7.—Nuestra Señora de San Lorenzo defensora de la Ciudad, por D. Gonzalo de la Barca y del Hoyo . . . . .	57
» 8.—A Nuestra Señora de la Academia, por Don Valentín Galindo Perella. . . . .	63
» 9.—Tríptico de Sonetos, por D. Valentín Galindo Perella. . . . .	67
» 10.—Huerfanitos, por el Rdo. D. Vicente Puig Bosch, Pbro. . . . .	69
» 11.—El Cortejo de la Reina Castellana, por Fr. Ceferino Solís Fernández, O. S. A. . . . .	107
» 12.—A la Virgen de San Lorenzo, por D. Mariano Páez Casado . . . . .	113



